



DIALOGOS SOBRE EL MANDO

ANDRE MAUROIS

DIALOGO I

[Diálogo entre el señor R, Profesor de Filosofía en un Liceo de París y el Teniente C, del Regimiento de Dragones 7, Comandante del puesto de Bou Salah (Atlas Medio)]

Hay dos géneros de causas: la una necesaria, la otra divina —PLATÓN

PARIS, EN CASA DEL SEÑOR R

(El Teniente llama a la puerta del Filósofo, quien viene a abrir)

Filósofo

¡Ah! He aquí al conquistador.

Teniente
(Alegremente)

El conquistador, mi queridísimo maestro, llega de Maniacken, que otros conquistaron, asombrado de encontrarse en el país de los Roumis (nombre que dan los manioquies a los blancos). He venido en avión y el cambio es brusco.

Filósofo
(Haciéndolo entrar)

Sus visitas son raras y valiosas. Desde la guerra, anancándonos a ambos de nuestras clases del San Luis, hizo del alumno un Teniente y del maestro un hombre de tropa, apenas le he visto. Sin embargo, su recuerdo ocupaba mi espíritu en el preciso momento en que llamó.

Teniente

Es lo que había podido decirle más de una vez, si usted hubiera ido a sorprenderme a mi posesión. Frecuentemente en la tarde, cojo uno de sus libros, me tiendo sobre una alfombra cerca de mi perro y argumento contra usted. Mientras más vivo, menos comparto sus ideas, para admirar su personalidad y esto es en el fondo lo que importa. ¿Por qué pensaba en mí?

Filósofo
(Sentándose cerca del fuego, mientras que el Teniente, de pie, se anima a la chimenea)

¡Pues bien! Era un libro también lo que me hacía desear su presencia. El autor habla de asuntos del Ejército y en especial del mando, con mucho escepticismo. Usted sabe que yo fui soldado de 2ª clase durante esta guerra. Los chistes obtenidos a expensas de los jefes me divertían. Me agrada el Koutousow de Tolstoi que duerme durante los Consejos y obtiene la victoria por la inactividad, me agrada el Joffie que escribe Pierrefeu y su inercia maciza. Pero desconfío de mi juicio, cuando está influenciado por mis pasiones. Deseando en el fondo de mi corazón que mi autor tuviese razón, me preguntaba esta noche: ¿Qué dirá el Conquistador? Y los buscaba yo mismo. Pero estando usted aquí, puedo renunciar a esta “conversación de los lóbulos de mi cerebro” y convertirme sin escrúpulos en el abogado del Diablo

Teniente
(Sentándose frente al Filósofo)

¿Qué dice el Diablo?

Filósofo

Dice que en la guerra el azar es el amo, que el jefe propone y que

el acontecimiento dispone. Demuestra que los planes mejor concebidos fracasan por cualquier accidente imprevisto, y que hace triunfar los más absurdos. Dice que el genio militar es una idea de civiles amedrentados y que las reglas de la estrategia están a la altura del cerebro de un niño. Dice que es una rara locura la de querer que un gran General sea al mismo tiempo, un espíritu grande. No hay nunca sino cuatro soluciones: mantener la posición, retirarse, romper el frente o envolver el ala. Pero el vocabulario técnico, oculta hábilmente esta pobreza. Tuve oportunidad de leer durante la guerra los artículos de una estrategia. "Sea una línea X-Y, escribía, un Ejército A en este lado de la línea y un Ejército B al otro. En cuanto se familiariza uno con estos problemas, se verá que para que los dos ejércitos se encuentren, deberán cruzar la línea X-Y". No conozco las primeras verdades. Ante la evidencia galoneada así, el espíritu civil se pone en guardia contra ustedes.

Teniente
(Somnoliento)

¿No cree usted, que todo arte y no solamente el de los militares, parecería pueril bajo este aspecto si pretendiese reducirlo a fórmulas? Me pilla desprevenido y sería necesario reflexionar: pero ¿cuántas situaciones elementales puede tratar un novelista? Hay una docena. ¿Qué es sino Madame Bovary? La historia de una mujer adúltera. ¿Qué es Tannenberg? Una batalla de Cannas. ¿Qué es la batalla de Weygand en Polonia? Una batalla del Maine. Pero Tannenberg es tan diferente de Cannas como Madame Bovary de Anna Karenine "Arte sencillo y todo ejecución", ha dicho Napoleón. Pero, ¿no es una verdad de todas las artes? ¿Qué puede contener un Tratado de pintura? Flores sobre los pigmentos coloreados extendidos sobre una superficie plana. ¿Vale esto más que un tratado sobre la ofensiva y la defensiva? Es el pintor quien hace el cuadro, así como es el general quien hace la batalla.

¿Ha leído los Thibault? Allí verá el relato de una operación imprevista, llevada a cabo por un hombre que había nacido cirujano. Emplea objetos corrientes: una tabla, tijeras de costura, alicates, una lámpara a petróleo, pero la hace, y tiene éxito en condiciones en que los otros habrían vacilado o fracasado. Me parece que todo está ahí. Hay hombres que hacen las cosas y las hacen bien, y hombres a los que acompañan, donde quiera que vayan, el orden, la claridad, el éxito; hay hombres que traen desgracias. Nada es más opuesto a la idea del azar. El azar concedería y derrota tan pronto a un general, tan pronto a otro. Pero César ganó cincuenta batallas.

Filósofo

Habría que examinarlo con detenimiento. César cuenta lo que quiere. Es probable que en Roma misma, más de un centurión descontento dijese: “¿César? Un hombre que ha tenido suerte. Lo vi en el Rubicón; estaba nervioso. En cuanto a las Galias, todo lo hicieron Labiénus y el legendario 150”.

Teniente

A lo que yo os responderé, una vez más con una palabra del Emperador: “No es el Ejército Romano, sino César quien conquistó la Galia” y tratare de probarlo desde luego. Pero ¿para qué buscar ejemplos lejanos? Durante esta guerra, ¿todos no hemos conocido jefes que triunfaban y jefes que tenían mal de ojo? Había coroneles que obtenían siempre el objetivo; otros que no lo obtenían nunca. Hombres como Petain, Mangin, Fayolle, progresaron porque, en igualdad de condiciones, tenían más éxito que los otros. En 1914, Petain era coronel; Fayolle, general de brigada en retiro. No es el azar el que les sacó de esta oscuridad para llevarlos a primera fila. No han sido tampoco las influencias. Al contrario, Petain, tenía mal carácter y su franqueza a veces ofendía. Sólo cuando el peligro urge, la vanidad cede, y se busca al hombre rudo, pero eficiente. Siga la carrera de Gallieni. Está en el Senegal, tiene éxito. Se le envía a Tonkin, sale adelante. Revuelta en Madagascar; se le envía allá, pacifica la isla ¿Consecuencia de azar? Entonces, convenga en que Newton resuelve también todos los problemas debido al azar.

¿Quiere un ejemplo sorprendente de lo que puede hacer la acción de un hombre? Considere el caso de Weygand en Polonia. El tiempo de los rusos es completo. Varsovia está amagada; el corredor de Dantzing, va a ser interceptado. Llega Weygand. Ocho días después, la situación se ha restablecido y los rusos se encuentran en plena retirada. ¿Todavía la suerte? No, pues puede seguirse el mecanismo de la liberación. Es verdad que nuestro autor decía que este mecanismo es sensible. La solución de Weygand es clásica. Fijar al enemigo en el frente, organizar una masa de maniobra y atacar de flanco. Pero en la guerra concebir es poco, ejecutar lo es todo. Weygand ha concebido y ejecuta bastante rápido para rechazar al enemigo antes que fuese demasiado tarde. Además, su llegada a Polonia no creó nuevos recursos. No faltaban los materiales, ni los hombres, ni el valor. Faltaba un jefe. Faltaba Weygand. “No es el Ejército Romano, sino César quien conquistó la Galia”.

Filósofo

Pero, mi queridísimo soldado, ¿en qué signos misteriosos, en qué virtudes peculiares, reconoce usted que un hombre es un jefe? ¿Es sólo el éxito el que lo decidirá? ¿Es Weygand quien hace la victoria o es la victoria la que hace a Weygand? Considere a su vez el caso del Duque de Wellington. Hasta su muerte ha sido para los ingleses el tipo genuino del jefe, el salvador nacional, el ídolo de hierro, la viviente estatua de clavos, como lo fue más tarde Hindenburg. Suponga que hubiese sido batido en Waterloo. ¿Qué no se habría dicho de sus torpes disposiciones, de su empecinamiento, de su negligencia? ¿Por qué, habrían escrito los civiles descontentos, por qué separarse de Blücher? Un niño podría prever la derrota de éste. ¡Y el baile ofrecido la víspera de la batalla! ¿Hubo nunca un mayor ejemplo del descuido de un G. C. G. Pero Wellington fue vencedor y la historia abunda sobre su genio. ¿No haría mejor hablando de su suerte?

Teniente

No creo en absoluto que sólo el éxito y sobre todo, que un éxito, dé a conocer a un Jefe. La prueba está en que Waterloo no cambia en nada su admiración por Napoleón, jefe militar. Es una grave falta política de Napoleón, jefe de Estado (el qué, ¡ay!, cometió más de una), pero la calidad de su maniobra permanece intacta. El más brillante jugador puede perder una partida. El mejor general puede perder una batalla. Hay obstáculos imprevistos contra los cuales el ataque mejor preparado vendrá a estrellarse. Pero el verdadero jefe se muestra también en la derrota como en la victoria. Nunca es más admirable Aníbal que en esos últimos años de Italia, en que vencido, pero invencible, hace frente a los romanos, constantemente reforzados. ¿Y Chanzy, vencido, afiebrado, sublime, que no depones las armas manteniendo a su alrededor un pequeño grupo de bravos? El archiduque Carlos frente a Napoleón, es un vencido digno, y Guillermo de Orange contra Luxemburgo, y von Kluk ante Joffre, por ese cambio de todas sus órdenes de avance en una sola noche. No, efectivamente, no es sólo la victoria la que hace reconocer a un Jefe; pero lo que sostengo y sostendré siempre a pesar suyo y de su Diablo, es que en las mismas circunstancias y con las mismas posibilidades, un gran soldado tendría éxito, allí donde cualquier otro habría fracasado.

Filósofo

¿Pero no ve usted que aún esto es difícil de probar? Cuando se enfrentan dos generales, uno de ellos obligadamente tendría que ser ven-



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

cedo: ¿Un grande hombre entre dos jefes normales? Esto parece un poco sorprendente. Es de recordar el caso de Pompeyo. Hasta la llegada de César va de triunfo en triunfo, subyuga Italia, España, a los gladiadores y Dios sabe qué. Aparece César y Pompeyo, como dice el ameno Amyot, "se parece propiamente a una persona atolondrada o atontada". Pero si César no hubiese existido, Pompeyo habría continuado siendo el Gran Pompeyo. Luego, puede que ciertos seres sean favorecidos por el Destino durante toda su existencia, como ocurre en la ruleta, en la que el rojo sale quince veces seguidas.

Teniente

Es la idea misma del Destino, la que considero absurda y falsa. Vivo en medio de mahometanos, su fatalismo ha curado el mío. Siento cierta timidez el exponer ante usted ideas filosóficas, pero debo a sus lecciones el poder pensar un poco. Seré indulgente . . . Le confesaré pues, que al reflexionar en mi "kasbah" sobre estos problemas, me pareció que el determinismo materialista, forma moderna del Destino, no es una verdad tan evidente como había creído. Sin duda las leyes científicas son verdaderas y si en el interior de un sistema cerrado se puede prever lo que va a pasar, pero aplicar este principio al conjunto del Universo, admitir que lo que sucederá mañana está determinado desde hoy, es sobrepasar en mucho los resultados de la experiencia. Es aún decir contra ella, ya que la voluntad humana, es también un resultado de experiencia. El porvenir no está inscrito en el presente. Un espíritu perfecto que conociera todos los elementos de una batalla, efectivos, números de cañones, transportes, estado de la atmósfera, no podría, sin embargo, prever el desenlace. No es posible pues, representarse a los hombres de acción como si avanzasen en medio de paisajes ya dibujados, sino más bien, como inclinados sobre el borde de un abismo oscuro, en donde se agitan las formas vagas y todavía inconsistentes del porvenir, formas que está en sus manos estructurar si efectivamente lo desean . . . Pero debe usted encontrar bastante ridículo toda esta metafísica de soldado

Podría al contrario enumerarle los metafísicos de oficio que lo han precedido en estos caminos. Pero toda idea que se vuelve a encontrar es nueva y tengo interés de oírle continuar, pues preparo un contraataque que va a caer sobre su flanco.

Dejo mi flanco descubierto. Esta guerra permite la temeridad. Creo pues que la primera diferencia entre el grande hombre y el corriente, consiste en que el grande hombre conoce su poder y sabe que puede

inventar el porvenir. Ante este abismo oscuro del que hablábamos, esboza el plan de lo que será. Echa pasarelas, reúne materiales; es el arquitecto de su vida y de la de los otros.

Filósofo
(Amablemente)

O de su suerte.

Teniente
(Después de un instante de reflexión, resueltamente)

O de su suerte “*No proyecta nunca para más de dos años*”, dice Napoleón y además: “Los hombres son lo que se quiere que sean”. Mientras más precisa sea la imagen que se forje el jefe del porvenir, más probabilidades tendrá esa imagen de ser realidad. Cuando un gran escritor sabe perfectamente lo que quiere hacer, su libro está hecho. Cuando un grande hombre de acción, concibe perfectamente su objetivo y *los medios que empleará para obtenerlo*, se puede decir que lo ha logrado. Nuestras ideas pueden llegar a ser hechas. Y aun, que en un mundo civilizado, casi todos los hechos son ideas cristalizadas. Este coche que pisa es una idea que rueda. La victoria ha sido de Foch antes de ser una victoria real. Naturalmente, esto es tan verdadero en el orden político, en el orden económico, como en el orden militar. El mundo de mañana espera al héroe que sabrá estructurarlo. Si un grande hombre imaginara claramente lo que debería ser la Europa de post-guerra, esta Europa se haría, sería hecha. Al menos lo sería si este grande hombre tuviera también carácter.

Filósofo

Hay buenas ideas en lo que dice y me agrada esta imagen del hombre de acción inclinado sobre la cita del tiempo y proyectando sobre un abismo oscuro las construcciones de su voluntad. Pero mi actitud con respecto a usted es la de antiguo maestro de esgrima, no deseo tocarle y le veo descubierto.

¿Cree realmente que basta la voluntad de construir? Al comienzo de la guerra nuestros alumnos de Saint Cyr, de guantes blancos, *querían* abalanzarse decididamente sobre las ametralladoras alemanas; no podían. En 1918, Ludendorff *quería* romper el frente de Champagne, pero el mundo exterior resistió tan bien, que Ludendorff debió detenerse. Si el porvenir no está absolutamente determinado, no está enteramente vacío. Puede recibir formas, no puede recibirlas todas. El inge-

niero que construye un puento no tiene la libre elección del plan. Debe considerar el terreno, la fuerza de las mareas, los capitales disponibles. Todas estas condiciones trazan alrededor de la acción una serie de fronteras cuyos ensambles, terminan por limitar una zona demasiado estrecha, zona de forma irregular, paso estrecho de la voluntad a través de las necesidades. El jefe de la obra mantiene libertad de acción, es cierto, pero en el interior de esta zona, que llamaremos, si quiere, el territorio de los posibles, el espíritu que no es capaz de circunscribir el juego de su pensamiento a estos límites invisibles y sagrados, no me parece propio de un jefe. Nuestro plan ofensivo en 1917, no consideraba en absoluto las posibilidades.

Teniente

¿Sabe que esa fue la advertencia de Lyautey? “Vamos pequeño”, dijo al Coronel Renouard, que se lo llevaba del G. C. G., vamos viejo, éste es un plan para el ejército de la Gran Duquesa de Gérolstein”.

Filósofo

Era un plan sin cuerpo, sin materia, sin contacto con la tierra. Todo se desarrollaba allí demasiado bien, como en un libro malo. Siempre me ha gustado una aguda frase de Saint-Evremont sobre Catalina: “Espíritu demasiado vasto para circunscribirse a designios proporcionados a los medios para hacerlos triunfar”. Al contrario, un Petain, tomando el mando, comienza por circunscribir el territorio: “Será posible hacer nada, dijo, antes de tener los tanques y a los americanos”.

Teniente

Es evidente que si la República de San Marino declarase la guerra a Italia, la voluntad de vencer de sus jefes no podría darle la victoria. Es por lo que dije en su oportunidad: mientras más precisa sea la imagen que el jefe se forme del porvenir, más probabilidades de ser realidad tendrá esta imagen. Queer, no es solamente decir que se quiere, es representarse con fuerza como se obrará. Pero así como desea un gran General. Los combatientes se forman una idea ingenua e injusta del trabajo del Estado Mayor. Un plan bien estudiado sobre el territorio de los posibles ataques, tan completamente como lo permite el espíritu humano. Lea el libro del Comandante Lanse. En él verá como Petain en 1918, anotaba al margen de un proyecto de ofensiva a su parecer un poco vago: “Sunt verba et voces, praeter ea que nihil”. Si fuera pre-

ciso confesarle mi pensamiento más secreto le decía que los Estados Mayores de fines de guerra, más pecaban por exceso de precisión que por falta de ella. No me gustan los ataques regulados como los “ballets”. Cierro, por mi parte, que en muchos casos, aun la audacia triunfa sobre el azar. Mi experiencia...

(El Filósofo sonríe).

Teniente
(Un poco amostazado)

Mi experiencia, es que toda batalla, en todo negocio, existe una oportunidad, a veces muy fugaz, de ser vencedor. Hablaba usted de la ofensiva de 1917; pero ¿recuerda los ataques de Champagne en septiembre de 1915? Se consideraban como un fracaso. En realidad, mi compañía y un regimiento de zuavos habían penetrado.

Estábamos a la izquierda del Ceno de Tahure, y teníamos como objetivo Vouziens. Habíamos tomado la primera línea sin combate. Para el ataque de la segunda línea, estuvimos protegidos por un repliegue del terreno, nos acompañó la suerte, lo cierto es que habiéndola sobrepasado sin grandes dificultades, nos encontramos en campo raso. En ese tiempo, las organizaciones no eran todavía muy profundas. Delante de nosotros huían algunos “Fritz”, baterías enganchaban tan rápido como les era posible. Se mató a los caballos, se disparó sobre artilleros y no hubo más. El gran camino de Vouziens estaba allí. El regimiento de zuavos se había organizado en columna de marcha. En cuanto a mí, no veía el resto del regimiento, pero se me había dicho: “objetivo Vouziens”. Alargué el paso después de enviar un mensajero al coronel. Hicimos así 10 kilómetros sin disparar un tiro. Luego empezamos a inquietarnos y de repente llegaron coraceros al galope y nos dijeron: “¿Qué hacen aquí?” Están solos. “Es preciso volverse o serán copados”. Parece que la línea se había reconstruido detrás de nosotros.

Filósofo

¿Y como salió?

Teniente

Los jinetes se portaron muy bien; cargaron, nosotros seguimos. Hubo un poco de bulla, pero se pasó. . . Hasta aquí quería llegar. Si un Comandante bien informado, atento a toda disponibilidad de éxito, hubiese conocido esta penetración local, la victoria era posible. En vez

de atacar de frente el monte de Tahure, lo que se hizo inútilmente durante toda la jornada, no había más que lanzar las reservas por la brecha, converger a la derecha y se envolvía Tahure.

Filósofo

Lo que no habría alcanzado otro resultado que el de crear un poco más, pues la victoria en ese momento no estaba en el terreno de los posibles.

Teniente

¿Quién sabe? Ese día no se trataba sino de Tahure. Por lo demás, no es sino un ejemplo, puede que malo. Pero el momento límite existe siempre. En Verdun hubo brecha durante varios días entre el Mort-Homme y Cuvierés que los alemanes no supieron aprovechar. ¿Ha leído las memorias de Liman von Sanders sobre su comando en Los Dardanelos? Es muy curioso. Allí se ve, que dos o tres veces, si el General Hamilton hubiese insistido en sus ataques un cuarto de hora más, los turcos y los alemanes abandonan la partida. "No tenía más" dice Liman von Sanders, "ni un solo hombre de reserva, ni un proyectil que disparar". Concluyo que el General Hamilton ha podido ser prudente, sobrio, y gran jefe según sentí, pero que ha tenido la más mayor culpa de no haber sido temerario. Sus pérdidas fueron inmensas, pero inútiles. Llego aun a la conclusión de que en la defensa, para un soldado no debe existir límite en tenacidad. Liman von Sanders tenía toda la razón en desesperar.

Y por lo tanto, tuvo razón en mantenerse. Jamás se es vencido. Si no quedan medios de acción, queda el milagro, la epidemia en el campo enemigo, el terremoto, la Providencia. Josué detuvo el Sol; era un verdadero militar.

Escuche, la toma de Lieja por Ludendorff, es un gran ejemplo de audacia. ¿Se acuerda? Se escudó durante la noche, sólo con una brigada, a través de los fuertes intactos y se presentó detrás de estos fuertes, a las puertas de la ciudad. Fue de una temeridad loca. Eso tuvo éxito. Hay casos en que la más legítima prudencia hace perder batallas a grandes generales. Usted citó Waterloo. Allí Napoleón no quiere dejar nada al azar. No ataca Mont Saint-Jean en la mañana, porque el suelo está muy mojado para la artillería. Tiene razón, pero eso da a Blücher el tiempo para llegar y le cuesta la victoria al Emperador. A usted le gustan los proverbios "Quien nada arriesga nada tiene".

Filósofo

“Quien quiere llegar lejos, economice su cabalgadura”. Los caballos resbalan terriblemente en ese camino hondo de Ohain, si no me equivoco. Pero sobre este asunto de la audacia, le dié varias cosas, soldado mío. Primero, es evidente que en la guerra, como en los negocios, como en la política, es preciso arriesgar. Desde el momento en que hay un adversario, hay batalla, choque de voluntades y duda sobre las intenciones del enemigo. Son juegos, es decir, modos o actividad en los que es preciso considerar que se ignoran elementos. Pero, segundo, estos juegos de tipo “bridge” y no de tipo ruleta, es decir, que si se ignoran ciertos elementos, se conoce gran número de otros. La parte de la prudencia, del razonamiento, de la ciencia, sigue siendo considerable. Su Josué me inquieta un poco. Saber que no se puede detener al sol. Me parece al contrario, que forma parte del equipo intelectual de un jefe. Tercero, la dosis de audacia y de prudencia, debe variar mucho con las circunstancias. Sí; en ciertos casos desesperados, hay que arriesgarlo todo, como el cirujano que intenta una sutura del corazón. Pero Petain en 1917 tiene razón de ser prudente, porque tiene la promesa de un constante acrecentamiento de las fuerzas. Cuarto, su imagen del hombre al borde de la cima del tiempo, imagen que nos ha sido útil, termina aquí de ser exacta, pues el tiempo se presenta ante nosotros como un abismo desconocido, pero un abismo en el cual descendemos. Su gran hombre de acción, general, político, industrial, se encuentra ante un cuadro que se descubre con un movimiento continuo revelando en cada momento nuevos elementos. La parte del cuadro que se ha desarrollado no puede ser negada. Ella, es, ha sido. El grande hombre se reconoce, yo creo, en que él lo acepta luego y lo incorpora a su pensamiento. A cada momento vuelve a considerar la nueva realidad, creada por las nuevas revelaciones. Nunca pierde su tiempo y sus fuerzas en vanas especulaciones sobre lo que habría podido ser. El porvenir es la obra del héroe como lo ha demostrado usted, tan bien en su oportunidad, pero no controla el pasado y el presente, es su línea de partida. No la crítica, no reniega a los zapadores que hubiesen podido cavarla más profunda, la examina y la hace el objeto de su pensamiento. El mediocre se obstina en un sistema. Pues, ningún sistema es bueno por mucho tiempo. Acuérdesse como marchaban las cosas durante esta guerra. Se reconocía que no era posible el ataque, sino después de la destrucción de las defensas, entonces larga preparación de artillería. Después se advierte que la preparación suprime la sorpresa y que sin sorpresa el éxito es solamente local. De donde resulta un nuevo sistema ofensivo: preparación corta con obuses tóxicos. La respuesta llega inmediatamente.

te. Evacuación de las primeras líneas. En cuanto un sistema es inadecuado, hay que tener el valor de abandonarlo. Inclinado al borde de la cinta del tiempo, es también como usted que ve al grande hombre, pero captando la forma de ese contorno, estructurado por los hechos al mismo tiempo que él los modela, conocedor de su libertad de acción, efectivamente, pero sin olvidar los límites de sus posibilidades. Volvamos, si quiere, a ese Wellington. Cuando se le preguntaba cómo había derrotado en España a los invencibles Mariscales. “Le diré, respondía, sus planes de campaña eran como enjaezamientos soberbios. Es muy bonito y también muy cómodo, hasta que se rompe, entonces se está perdido. Mis planes son hechos de cabos de cuerda: si uno cede, hago un nudo, impulso mi caballo y continúo”. Y en la mañana de Waterloo, habiéndole preguntado su ayudante qué esperaba hacer, el Duque contestó con calma: “¿Quién atacará mañana, yo o Bonaparte? Bonaparte, dijo el otro. ¡Pues bien! —continuó el Duque— Bonaparte no me ha proporcionado ninguna idea de sus proyectos y como mis planes dependen de los suyos, ¿cómo quiere usted que le diga cuándo serán?”

Teniente

Le pido perdón a Wellington, pero esta actitud me parece débil. ¿Por qué será Bonaparte quien atacará mañana? ¿Por qué no Wellington? Confieso que no comprendo bien. Encontrarse preparado para renunciar a un plan si las circunstancias lo hacen imposible, reconocer el obstáculo infranqueable cuando se le encuentra, aceptar lo sucedido, detenerse a tiempo, todo esto es necesario, excelente, lo acepto. Pues tengo tan poco de loco como usted mi querido maestro y usted no lo duda. Pero hay un gran peligro en predicar demasiado esa doctrina y es que el débil se detendrá ante una topeira y se jactará de su prudencia. En la batalla y en todas las cosas, los obstáculos no faltan nunca. Habrá siempre mil contratiempos, resistencias imprevistas, fracasos locales, subordinados topes. El jefe debe conservar un sentido justo de las proporciones y darle a cada cosa su importancia. Durante la batalla de Tannenberg un telefonema anunció a Ludendorff que su segundo cuerpo estaba en fuga. Era el fracaso de la maniobra. Pero él sin cambiar una sola orden, sin desmoralizar un subordinado, hizo confirmar la información. Era falsa. En 1918 ninguno otro que Foch, hubiese terminado la guerra en noviembre. En esos tiempos la derrota de los alemanes aparecía ante los civiles incuestionable. No pasaba lo mismo con los ejecutantes. El personal estaba al extremo de sus fuerzas, el material desgastado. Ocho días antes del armisticio, he visto un regimiento de artillería tan desmoralizado, que desde el coronel hasta el último arti-

llo nadie creía en la victoria. Decían “Estamos clavados; no tenemos casi cañones, no hay munición ni transporte, cuando un camión cae en una zanja, los hombres lo dejan ahí de cansancio. . . “Muchos generales imploraban un descanso para su división, para sus cuerpos. Si Foch hubiese escuchado la décima parte de lo que se le decía entonces, habría detenido la batalla y la guerra habría continuado todo el invierno. Pero estaba invitado. ¡Gracias a Dios! Como ese Rey de Inglaterra, que decía a Wolfe: “Si está rabioso, espero que picará a mis otros generales. Les hace falta”.

En el Yser, todos, salvo él, juzgaban la situación desesperada. No lo era, porque él esperaba. Un general no debe descorazonarse pronto. La victoria puede depender de la resistencia de sus nervios.

La guerra no es una operación matemática como pudiera decirse: si el resultado es negativo, la batalla está perdida. Es la lucha de una masa enorme de fuerzas físicas y morales cuyas sumas varían constantemente. El terreno de los posibles, es un superficie elástica que el jefe distiende o contrae con su paciencia o su debilidad. “La voluntad del Jefe es el punto base”. No es conveniente que el exceso de sentido crítico haga vacilar a ese fuego directriz.

Y lo que es verdad en la actividad bélica, lo es también en la actividad de paz. ¿Cuál ha sido la causa de las guerras más crueles? ¿Hombres audaces, enérgicos, firmes? En absoluto. Casi siempre es un ministro blando, bondadoso, pero que por su dulzura misma, da al vecino atrevido la impresión de poder intentarlo todo. Durante los últimos cien años, Inglaterra ha tenido dos ministros nacionalistas: Palmerston y Disraeli. ¿Son ellos culpables de las grandes guerras? No. Palmerston por sí sólo, asustaba a Europa sin llegar nunca a perturbarla. Pero el excelente Lord Aberdeen, muy inclinado a los rusos, terminó por declararles una guerra absurda de Crimea, y el dulce y prudente Sir Edward Grey hace posible, con sus vacilaciones, la guerra de 1914. ¿Ha observado alguna vez los choferes en las carreteras? El primero va adelante, con una firme decisión, por haberse dado una dirección y mantenerla; los otros siguen detrás, prudentemente, siendo la vacilación aquí, cien veces más peligrosa que la audacia.

Filósofo

Puede ser. Pues no hace falta llegar a romperse el cuello por amor propio si se encuentra un segundo chofer de voluntad igualmente firme. Su teoría de la guerra desencadenada por el pacifista, me parece más brillante que verdadera. ¿Eran sin duda tiernos soñadores Napo-

león y Bismarck? Se creería que usted piensa que la intimidación tiene siempre éxito; Sanzanoff y Beichtold han demostrado lo contrario. El gran esgrimista no se dice solamente antes de un asalto: "Quiero vencer". Estudia con cuidado el juego de su adversario. Si es posible, va a verlo esgrimir. Si no sabe nada del que se le opone, le observa primero prudentemente y, antes de empeñarse, trata de adivinarlo. ¿No consideraría para un general y para un hombre de estado, la necesidad de las mismas precauciones?

¿El conocimiento del carácter, de las costumbres, de las doctrinas del adversario, no le son indispensables? Constantemente debería pensar: "Siendo este hombre como es, qué va a hacer?". Por medio de una continua meditación sobre el funcionamiento del cerebro del contrario, puede llegar a conocerlo tan bien, que prevea sus decisiones

Desearía que la búsqueda del pensamiento enemigo, adquiriese una forma casi teatral. Algunos oficiales del Estado Mayor podían encargarse de representar al enemigo entre nosotros. En tiempo de paz, debiera haber en el Quai d'Orsay un secretario encargado de representar al hombre de la calle inglés. Otro sería el alemán, un tercero el italiano. Se ensayaría con ellos el efecto de las notas antes de hacer las experiencias efectivas.

Teniente

Los militares, mi querido maestro, se han adelantado a nuestros deseos. Cuando von Hutier, vencedor de Riga, llegó al frente de Saint Quentin, el General Petain, hizo redactar una nota sobre los métodos del nuevo adversario y la comunicó a las unidades que se le oponían. En 1918, en el Consejo de Guerra Interaliado, había "una sección alemana" que ignoraba los proyectos aliados y cuya misión era la de pensar como si fuese el enemigo. Se había colocado a su cabeza a un inglés de antigua nobleza sajona, en la esperanza de que sangre misma le haría razonar como Ludenfoiff. Se me ha dicho que los planes elaborados por él, diferían poco de los verdaderos planes alemanes.

Filósofo

He ahí un buen acierto de los militares.

Teniente

(Lentamente, pues reflexiona hablando y acepta con dificultad ciertas ideas Pero es decidido y las expone)

Todo esto es cuestión de medida. Si analizo de manera más exacta

el método del chofer perfecto, encuentro que conduce rápido y recto, pero también que su cuerpo está siempre prevenido, y como ligado a su máquina, listo para detenerse y para eludir obstáculos. Rígido y flexible a la vez como una buena espada. Un gran carácter es, puede ser, una mezcla maravillosa de atrevimiento y de modestia, un milagroso estado de equilibrio entre cualidades opuestas. Se precisa voluntad, se precisa moderación. Sin duda parece difícil que tal mezcla sea posible, pero el hecho existe en el gran soldado. Porque se encuentra en él esta mezcla, es que llega a ser un gran soldado y los grandes hombres son raros, porque esta mezcla es poco común. “Cuando habléis de mi, dice Lyautey, no digáis nunca “o”, decid “γ”. No digáis es fuerte o es débil”. Decid “Es fuerte y es débil”.

Hay muchos hombres inteligentes, hay muchos hombres audaces, hay muchos hombres prudentes, pero hay pocos hombres completos. Lea la vida de Terencio. Era a la vez el más atrevido y el más modesto de los hombres. “Parecía —dice su biógrafo— haber llegado a ser extraño a sí mismo, tan imparcial era a la vista de sus propias ideas . ”

Filósofo

(Continuando con evidente satisfacción)

Imparcial a la vista de sus propias ideas . he aquí una excelente fórmula.

Teniente

El Emperador, maniobró tan atrevido, trataba antes de una batalla de asegurarse los triunfos, apreciaba las fuerzas del adversario, y si los disminuía algunas veces en beneficio de sus tropas, a fin de no atemorizarlas demasiado, no se engañaba nunca a sí mismo como hacen siempre los mediocres. Sólo cuando entregados todos los recursos de su espíritu a la preparación cuidadosa de una campaña, se negaba a dudar del éxito. Foch, cuyo ardimiento le he descrito, enseña la doctrina de guerra más prudente. Se le había pedido un día que dictara una conferencia a oficiales extranjeros sobre estrategia. Su conclusión fue una de las frases, al estilo sintético pascaliano. “Señores. el loro . sublime animal”. Es que el modo de avanzar del loro, es, en efecto, a sus ojos, la imagen del Jefe de la batalla. Asido con las dos patas al travesaño inferior de su jaula, el loro busca con el pico el travesaño superior. Cuando lo ha encontrado, se pesca; luego, con un movimiento hábil, lleva una pata a la altura del pico. Pero se mantiene, sólidamente tomado con la otra, hasta que su nueva posición, le parece absoluta-

mente segura. Solamente entonces sube la segunda pata, e inmediatamente, busca con el pico, el travesaño que sigue... "El loro, animal sublime".

Filósofo

Sublime animal, es verdad, pero excuse mi franqueza, amigo soldado; este pájaro tenaz y prudente, más me parece el símbolo del buen sentido rústico e interesado, que del buen sentido militar. El poder militar, absoluto, brutal, no parece hecho para desarrollar las cualidades que he complacido elogiar en otros y que son de modestia, de juicio ponderado, de libertad de espíritu. Necesariamente casi; el militar es cortés en los grados inferiores, despótico en las altas jerarquías. Si usted mismo y algunos otros, escapan a esta ley por virtudes personales, esto no debe cegarnos. Uno de mis amigos cuenta la hermosa anécdota de un Capitán fuera de sí: "Me dan ordenes opuestas, decía, y ambos son Comandantes. ¿Quién tiene razón?"

—Sería necesario, respondió mi amigo— "saber cuál es el más antiguo en el grado". El consejo fue considerado muy bueno; era la solución. La costumbre de ser obedecido sin discusión, de acuerdo con una simple comparación de galones, debe engendrar el menosprecio de los hechos. Jeteres hacía azotar el mar; más de un estratega ha debido desear imponer los arrestos de ordenanzas a la tempestad. Y cuando el hecho era humano, pérdidas excesivas, economía de tropas, era ¡ay!, el hecho el que cedía.

Teniente

No crea que su anécdota me llena de confusión. Si, el más antiguo tiene razón. Es necesario una regla para resolver rápidamente. Esto es sensible, luego excelente, como es natural y lógico que el hijo mayor del rey le suceda en el trono. Bien veo el peligro que usted evidencia, es efectivo; no lo es sin embargo sino para las naturalezas bajas, tanto entre los militares como entre los civiles. Me repugna tanto como a usted el burocrata galoneado, el viejo siniestro boidado de oro, para quien la muerte no es sino una columna en un estado numérico. Si estos hombres han existido, estos son monstruos; hay tanto entre nosotros como entre ustedes. Pero juzgar según éstos a todos los grandes soldados, sería algo así como, si habiendo encontrado algún escritor-zuelo sin talento y sin personalidad, Ud. afirmara que todos los grandes novelistas son individuos mezquinos y susceptibles. En tiempo de paz la bajeza puede triunfar en el ejército ciertamente, como en cualquier

parte. Si no tiene la oportunidad de ir a las colonias, entonces el militar es un civil, político, cortesano y todo lo que quiera. Entonces el hombre de personalidad disgustado, se mantiene a un lado y espera

Al comienzo de la guerra, nuestros generales más incapaces eran generales civiles, elegidos por civiles, dirigidos por ellos. En 1870 Bazaine fue un general impuesto por la política. Pero en la guerra se demuestra el carácter. El cortesano grato a la corte es enviado a sus tierras en Limousin. El hombre que se eleva entonces no es un adulator ni un tirano. Pero antes de 1914, durante unas maniobras, el Coronel Petain mandó el partido azul y resultó vencedor. El general director del ejercicio, reunió a los oficiales para la crítica y le pidió al vencido que expusiera sus planes. Cuando hubo terminado: "Pues bien —dijo— amigo, su caso es claro, ha sido vencido porque inició la jornada con una idea preconcebida" y se exclamó largamente sobre el por qué debe irse a la batalla dotado de un espíritu independiente. Después se volvió hacia el coronel Petain y le dice somnoliento: "¿Usted Petain, cuáles fueron sus disposiciones"? El Coronel Petain comenzó: "Mi general, tenía una idea preconcebida."

Filósofo
(Embelesado).

Su Petain me agrada.

Teniente

Sabía que le gustaría... En el fondo, mi queridísimo maestro usted nació militar.

Filósofo

Soy francés, amigo mío, y campesino. Mis antepasados como los suyos usaron máscaras guerreras. Me agrada seguir el compás de los tambores y los bronces, visión de sus grandes jefes imponentes y voluntarios, exalta en mí al amante de los retratos. Sin embargo, hago lo posible por conservar mi espíritu independiente, y los hombres adornados con colores vivos, que llevan en los brazos cordones dorados que les conceden autoridad de fuerza dialéctica, me inspiran una grande inquietud. Odio la guerra porque ella me hace su esclavo mucho más que por los peligros que representa. Me he metido acá arriba un axioma: "El que a los 40 años no es antimilitarista, es que no ha sido nunca militar".

Teniente

Excuse una franqueza, amigo civil, maestro mío, pero es que usted se forja una idea falsa del servicio militar. La obediencia pasiva no es nunca la humillación de un hombre ante otro hombre. Es la desaparición voluntaria de un individuo ante una función. Cuando yo rindo honores poniéndome a las órdenes de mi Coronel, (con gran placer se lo aseguro), no es ante un hombre que hago sonar los tacones. Es ante un principio de autoridad que juzgo útil y respetable y sin el cual las sociedades humanas, nodrizas de su preciosa libertad, no habrían existido nunca.

Por lo demás, fuera del momento preciso en que al darme órdenes, él no es otra cosa que una función, yo discuto con mi Coronel. Y aún discuto con apasionamiento; lo sopito, lo incita a uno, y una vez más es por esto que es un buen Coronel. Suma de contradicciones. Imperioso en la acción, imparcial en la preparación. Le sienta. Ningún jefe podía hacer solo el trabajo abrumador que exige el mando de un ejército. No vale sino por sus subordinados. Necesita que sepa descubrirlos, atraerlos, escucharlos. He leído en Pesquidouz cómo el jabalí, al final de su vida, elige un jabato, lo entrena en su retiro y le enseña los secretos de los bosques. Luego, se ve, en las plantaciones devastadas, las huellas siempre paralelas, una profunda, la otra ligera. Es así como el viejo jefe busca la sangre real y la aproxima a su persona.

Cuando Gallieni, viejo colonial ya, ve en Lyautey, joven comandante de escuadrón, desembarcar en Indo-China, inmediatamente adivina en este elegante, demasiado elegante cazador a caballo, un alma ardiente y dominante. Con una solicitud obstinada, a golpes de pujante, o dentadas, emprende la tarea de enseñar al jabato que le ha confiado la manada, las leyes de la jungla y el gusto de lo real.

En el bolsillo de su guerrera, Joffie ocultaba una libreta arrugada. Allí, habrían podido leerse largas listas de nombres desconocidos, de oscuros coroneles, de capitanes casi invisibles, ya marcados por él para las estrellas.

Un Napoleón, un Lyautey, un Gallieni, un Petain, no son obedidos por temor, Napoleón no era severo; tal vez no fue lo suficiente. Cualquiera otro en su lugar, habría hecho caer en desgracia a Bernadotte después de Auerstaedt. A cada rato hablamos de Turenna. Su ejército fue el modelo de una república perfecta. Nadie se daba cuenta del mando ni de la obediencia. "Cada uno conocía sus deberes y los cumplía por el placer de agradar al General y por su amor sincero a la gloria

que se transmitía desde el Jefe hasta el más modesto combatiente”. Así es en Marruecos. Se trabaja allí, tal como suena, por cañño al maiscal. Cuando se sabe que debe visitar los trabajos de un puesto, de un camino, se apresuran a terminarlo por el placer de verlo contento. Un oficial desterrado en un puesto perdido en el Atlas, piensa en su jefe y se siente más enérgico. Alrededor del verdadero jefe, encontrará siempre el equipo, el grupo de especialistas leales, competentes, a los cuales deja plena libertad porque sabe que en todas las circunstancias hará lo que humanamente es posible hacer. Para Napoleón, Davout era esto, Berthier también, en otro campo Murat, en su campo limitado de acuchillador, me hace pensar en esos pequeños especialistas indispensables a un gran cirujano que no sabían manipular el mismo éter o el radium. Hay un tipo de “hombre-jefe” que necesita para su feliz desarrollo un lugar grande bajo el sol, hay un tipo subordinado que no puede florecer sino a la sombra. Tan bueno, tan útil, pero tan diferente del primero como la yerba doncella del tilo

Estas dos agrupaciones de hombres se completan, a cada uno de ellos le faltan ciertas cualidades que sólo el otro puede aportar. Un Lyautey ignora los detalles. Cuando en las maniobras, un Ministro le pregunta cuántos obuses tiene cada cañón, responde: “No se nada, tengo artilleros”. Y si se le dice: ¿Quién es usted? Yo, responde, soy un técnico de las ideas generales. Y esto debe ser así. El técnico del detalle separado de su jefe está perdido. Cuando Napoleón mandaba sus ejércitos, todos sus generales parecían ser grandes capitanes. Cuando se alejaba, pasaban el tiempo querellándose y batiéndose. En el Consejo de Estado, en cada servicio había hombres que conocían los asuntos mucho más a fondo que el emperador, pero estando ausente, las discusiones se prolongaban sin resultados. Luis XIV fue un estimulador y un descubridor de grandes hombres. Me gusta comprobar como en Saint-Simon, después de haber encontrado en Rochefort el pequeño Renault, capitán de fragata, y excelente discípulo de Malebranche, crea para él una escuela por la que deben pasar todos los marinos del reino. Pero ¿qué era un Renault sin el rey?

Tengo un camarada que hace dos años dejó el ejército para dedicarse a la industria y me comunica sus impresiones. Ha observado también que el hombre indispensable, el hombre que manda en un asunto, no es el técnico, por lo menos en cuanto a tal; es el organizador, personaje que vale sobre todo por sus cualidades de carácter, de juicio, de imparcialidad. Pues usted ¿comprende bien, no es verdad, que no tengo la ingenuidad de reclamar sólo para el soldado esta suma de virtudes contrarias que nos ha parecido tan preciosa? Hablo de él porque las

conozco mejor, pero imagino que el gran estadista, el gran cirujano, el gran industrial, tienen necesidad del mismo equilibrio y si son verdaderamente grandes, lo poseen. Perfección en la preparación, audacia en la acción, subordinación a lo real e imparcialidad a la vista de sus propios pensamientos, encontramos sin duda, en distinta proporción en un Louvois, en un Lincoln, en un Gosset, en un Vanderbilt. . . (Vacila un instante).

Tengo en mi casa un cuaderno que le mostraría si no temiera parecerle un poco ridículo. Ahí anoto, según las voy encontrando o leyendo, las máximas de los grandes hombres de acción, así como el joven pintor ignorante, copia las telas de los maestros. (Ve que el filósofo le observa con atención). ¿Le disgusta lo que dije?

Filósofo

¿Y por qué? Si los retratos de Plutarco son más grandes que el natural, ¡tanto mejor! Imaginando los héroes es como se acaba por crearlos. ¿Tiene entre sus clásicos de la acción, el Sebastopol de Tolstoi? ¿Recuerda el trozo de Kalouguine, al dirigirse bajo las bombas y los obuses hacia el Cuarto Bastiva? De repente piensa en aquel ayuda de campo de Napoleón, al cual habiéndole preguntado el Emperador: “¿Estáis herido?”, responde: Perdonadme “Sire”, me muero”. Kalouguine encontraba esto muy hermoso, dice poco después Tolstoi, y aun se imaginaba que era él este ayudante de campo. Azotó su caballo y tomó una actitud aún más arrogante de cosaco. La anécdota era sin duda falsa, pero Kalouguine reaccionó

Teniente

(Repitiendo con entusiasmo)

Una actitud más arrogante de cosaco. . . Sí, es hermoso. . . Y esto me recuerda una escena que vi en la guerra. Me había embarcado como pasajero a bordo del “Gaulois”. En el corrillo de oficiales se hablaba de un posible torpedamiento. Un teniente de navío muy culto y demasiado desdeñoso, señor de B. . . contaba cómo la tripulación del “Bouvet” había corrido a su puesto, cantando. En la noche que sigue a este relato me despertó un choque terrible. Habíamos sido torpedeados. Por los pasillos ya invadidos, por las escaleras oscuras, difíciles, subía y encontré en la pasarela al Comandante y su Estado Mayor. El barco se inclinaba. Adelante una torrecilla disparaba, para salvar el honor sin duda, pues no se veía nada. Los oficiales continuaban la conversación de la víspera. El Sr. de B. . . en pijama de seda, con chinelas

charoladas explicaba con su voz desdeñosa como correspondía escucharse. Yo en mi carácter de terrestre, esperaba, escuchaba. “Lo que es curioso, me decía, es que todo esto no parece ser espontáneo. Este B . . . representa un papel, y el comandante, que rehuse dejar su puesto, lo hace para continuar representando su personaje de comandante”. Más tarde, a bordo del torpedero que me había salvado, no podía dejar de pensar de nuevo en esta idea. Sólo que entonces pensaba: “¿Un papel? Sí. Pero si el personaje se mantiene hasta la muerte, se confunde con el hombre mismo” ¿No lo consideraba así?

Filósofo
(Sintiendo)

Pero claro.

(Se levanta)

Dígame, ¿qué tiene que hacer mañana? Mi curso termina a las 10 horas. Podemos continuar nuestra conversación si se encuentra en la reja del Luxemburgo (la del boulevard de Saint-Michel, entre Stendhal y la Velléde), 5 minutos más tarde. Llevaré su cuaderno

Teniente
(Un poco cohibido)

Es que . . . encontraré algunos trozos suyos

Filósofo

¡Cómo! ¿El hombre de tropa se encuentra en medio de esos personajes galoneados?

Teniente
(Abriendo la puerta)

Allí encuentro filósofos

DIALOGO II

EN LOS JARDINES DE LUXEMBURGO

Creo que el genio depende en gran parte de nuestras pasiones—VAUVENARGUES

Filósofo

Esto se llama ser puntual.

Teniente

Una orden debe cumplirse.

Filósofo

(Tomándolo del brazo y llevándole hacia la columna en que está
incrustado el medallón de Stendhal)

Sentémonos un momento en este banco. Nos abrigará un hermoso plátano; ese húsar delante de nosotros, que fue también un buen psicólogo, será una divinidad favorable para presidir nuestra conversación.

Teniente

Ese húsar fue un oficial de administración de 3ª clase que, porque no había visto nada en Waterloo, sostenía que allí no había nada que ver. (Se aproxima a la columna y examina el medallón).

¡Que me lleve el Diablo si nunca un húsar...!

Filósofo

Tanto peor para los húsares. Es usted un hombre terrible.

Teniente

¿Por último, combatió?

Filósofo

¡Ah! muy poco, convengo, pero lo ha lamentado. A través de su temperamento de jinete, que tanto me agrada, advierto en cada palabra, herido su amor propio de comisario de abastecimientos. De esta tristeza de *semi-emboscado* han salido Fabrice del Dozgo, Julien Sorel y Lucien Leuwen. Esto bien vale por algunos sablazos... Pero hablemos de usted, jinete auténtico. ¿Qué ha sido de usted, desde ayer? ¿ha pensado en nuestro tema?

Teniente

Tan poco como ha sido posible. Cuando prepara una respuesta, las

frases estudiadas me impiden escuchar y la “calentada de cabeza” me vuelve tímido. Pero, écheme al agua, yo nadaré

Filósofo

Anoche el recuerdo de vuestras exposiciones no me permitía conciliar el sueño “El muchacho ha conservado su firmeza de espíritu, me decía, a pesar de los galones y del Desierto, sólo que algunos de sus propósitos son inquietantes . Lo que se ha reprochado tan justamente a los E. M. de antes de la guerra, ese desprecio de la inteligencia, esa preponderancia concedida al instinto y al entusiasmo en la conducción de los grandes problemas, esa idea de que una voluntad mística de vencer puede reemplazar al plan y al método, todo esto lo encuentro en él, a pesar de tan duras lecciones. Luego, aun cuando constriñe su pensamiento con un gran esfuerzo de moderación, siempre se abre camino la doctrina del “chispazo”, estalla en fórmulas apasionadas y revela la convicción profunda”.

Creía haberle acunado cuando analizamos juntos el Discurso del Método en Saint-Louis. Habíamos aceptado que en Francia, el Ejército y la Inteligencia habían marchado siempre de acuerdo. Fue en las guerras de Alemania donde Descartes edificó primeramente su sistema. El gran Condé fue un buen lógico y a su paso por Holanda trató de ver a Spinoza. Hoy leía a Montaigne y a Rabelais.

Teniente

También lo leo a veces, entiendo mal lo que me reprocha. Por más que me analizo de buena fe, no puedo descubrir en mí ningún desprecio por la Inteligencia. Allí, todos mis camaradas piensan como yo. Mi coronel, hombre notable, cuando hacía estudiar en la carta un problema táctico y veía un oficial embarazado, le decía con ironía: “¡Y bien! ¿qué espera, señor, para hacer producir a las fuerzas morales?” Y un día como le expusiera un proyecto de ejercicio sobre la potencia del fuego en el cual olvidaba hacer atincharse en mis hombres. “Y luego, ¿qué? Me dijo ¿La Marsellesa . . . ?”

Espero, tengo en este cuaderno un curioso debate que ocurrió en la Cámara, en 1832, y en el cual el General Bugeaud debió defender la razón militar contra los radicales de su tiempo. Entonces eran los que sostenían que el entusiasmo y la fe revolucionaria habían constituido la potencialidad de los ejércitos de 1793. (Ojea un cuaderno negro) “Nada más falso, dice Bugeaud. Lo que hizo la potencia de los

ejércitos de la Revolución, fue en primer lugar, que no tuvieron nada ante ellos. Los hombres que hicieron la guerra en esa época, me han afirmado varias veces que no había desplegado ante nosotros más de ciento cincuenta mil hombres.

Un miembro.—Un lenguaje tal es anti-nacional.

El General Bugeaud —Fue natural que resultara un ejército poderoso haciendo avanzar un millón de hombres. A pesar de esto, las primeras campañas no fueron felices en esos pequeños combates; algunas veces vencedores, las más derrotados. . . (vivos reclamos de la izquierda). Dejad hablar a los hechos, señores: es necesario decíroslos, por lo menos para los de fuera, pues hay mucha gente en Francia que está convencida de que cantando La Marsellesa basta para destruir los ejércitos de Europa. (Hilaridad en el centro, murmullos en la izquierda). Es necesario saber, señores, que mientras nuestros ejércitos no estuvieron bien organizados, mientras no hubo táctica, ustedes no obtuvieron éxitos de consideración y sí tuvieron reveses.

M. Taschereau.—El pueblo de París ha demostrado en 1830 que podía destruir un ejército

M. Odilon-Barrot.—El entusiasmo y la exaltación son una fuerza.

El General Bugeaud.—Me parece muy bien el canto de La Marsellesa, pero estimo que eso solo no da la victoria”.

Usted ve que era un soldado quien defendía la ciencia militar y eran los políticos de izquierda quienes formaban la escuela del “chispazo”.

Filósofo

Y usted, ¿piensa como Bugeaud?

Teniente

Veamos, ¿pienso yo como Bugeaud? Ciertamente pienso que La Marsellesa, sola, no da la victoria; estimo que en toda acción, hace falta cierta dosis de Marsellesa y cierta dosis de inteligencia. Más exactamente creo que en la vida hay problemas que se pueden resolver por el raciocinio y otros en los cuales éste, es un recurso débil. . . Pero me tomo oscuro y torpe cuando tengo que emplear un lenguaje abstracto; permítame tomar un ejemplo

Filósofo

Con el mayor gusto.

Teniente

En 1914, en el momento de la declaración de guerra, Lyautey recibió del Ministro la orden de poner a su disposición la mayor parte de las tropas de Marruecos. El Gobierno se daba cuenta que sería imposible mantener el dominio de todo el territorio con los pequeños efectivos dejados a Lyautey; le pidió solamente mantener Fez y asegurar la evacuación de los franceses del sur. Estaba bien apreciado. Si con 100,000 hombres se puede ocupar un territorio, con 20,000 se puede ocupar la quinta parte. Regla de tres

Cuando recibió este oficio que echaba por tierra su obra, el general no dijo nada y se encerró en su habitación durante 24 horas. Cuando salió, dictó de una hebra el plan que se ha hecho célebre bajo el nombre de plan del 20 de agosto. "Os enviaré, decía, todos los batallones que pedís. No dejaré, sino lo necesario para mantener la apariencia de los puestos, pero nuestra política será la política de la somisa. A los ojos de los indígenas no solamente estaremos inquietos sino alegres. Haremos una Exposición en Rabat, una feria en Fez. Un hombre que trabaja no piensa en combatir. Todo astilleo inaugurado, es una batalla ganada". Este programa se llevó a efecto. No sólo se conservó el territorio conquistado, sino que tribus todavía rebeldes vinieron a solicitar se les aceptara su sumisión para subir en los caballos de madera de Fez. La aritmética fue vencida.

¿Qué había determinado la decisión de Lyautey? ¿Raciocinios? Los hizo, cierto, pero no valían ni más ni menos que los del Ministerio. No, fue más bien un conocimiento íntimo, profundo, de este país, de los árabes, de los bereberes, "una especie de adivinación de todo el ser", una intuición. Y sin embargo, aquí no veo nada que recuerde al sonámbulo o al medium, pero sí, una modalidad del pensamiento que es el suyo y el mío cuando se trata de prever las acciones de nuestros enemigos o de nuestra amante. "No se demuestra que se debe ser amado exponiendo las razones del amor; eso sería ridículo". No se muestra que se puede mostrar una modalidad de rugby; se muestra. No se demuestra que es posible ganar una batalla. Se gana. La regla de tres, verdadera en el mundo de las cosas, es falsa en el mundo de los humanos. Hay casos en los que la inteligencia "discursiva" (como usted dice en su jerga del oficio) funciona y pone el movimiento a la acción. Al contrario, hay casos en los que la inteligencia gira en el vacío sin ahincar en lo real.

Filósofo

¿Cómo distingue los unos de los otros?

Teniente
(Soñador)

No es fácil... Para despejar un poco el terreno, creo que sería necesario colocar a un lado los elementos definidos, valorizables, que pueden tomarse como objeto de una ciencia, emplearse como términos de un razonamiento lógico, tales como los camiones, los cañones, los efectivos, las soluciones probables, y al otro los indefinibles, valor, entusiasmo, actividad, temor, para los cuales las palabras no sirven, sino para delimitar una zona de emoción de contornos cambiantes y sutiles.

Existen los obuses que se cuentan, pero existe la forma de "colocarlos" que no tiene ningún valor numérico. Se conoce el resultado de la guerra de dos números, no el de dos caracteres. El gran peligro está en emplear la balanza de la lógica para apreciar palabras no definidas; los que lo ejecutan se hacen ellos mismos la ilusión de haber demostrado verdades tan sólidas como las verdades matemáticas y se convierten entonces en fanáticos. Los sofistas de Grecia, los ideólogos del siglo XVIII, consideraban a las palabras como seres reales. Cuando su Rousseau dice: "El hombre nace libre y en todas partes se encuentra encadenado", también podía muy bien escribir: "El hombre nace rico y en todas partes está en la miseria, el hombre nace capaz de saltar 18 metros y no salta sino 7.60 metros". No porque se le dé a una frase la forma afirmativa de un axioma, ella es verdadera como un axioma. Esos doctrinarios del comienzo de la guerra, que le agradan, puede que con razón, eran personas a las que no faltaba lógica. Al contrario. La doctrina ofensiva fue deducida muy doctamente, y aun era por razonamiento que se abstendían de razonar. Demostraban por $a b$ que su método significaría la victoria. Pero todo se puede demostrar cuando se especula en el vacío, porque no se considera el fundamento del problema. Nos ha dicho M. Bergson: "Se podría demostrar que es imposible aprender a nadar, pues para nadar hay que mantenerse en el agua y para esto se precisa nadar". No habría abogados si no fuera posible encontrar argumentos lógicos para sostener tesis contrarias.

Piense en la menor disputa. Cómo cada uno prueba que tiene razón. Pero es preciso decidir algo, y se estrechan la mano. Los bereberes tienen un proverbio: "Escoge y ganarás". ¿Y si no hay razón para elegir? Poco importa; escoge o tu ruina está próxima. He aquí por qué digo: a la acción le hace falta otro resorte, además de la razón pura. ¿No tengo razón? No pido sino comprenderla.

Filósofo

Espera. Si en ciertos casos la razón parece dejar pasar proposicio-

nes falsas, esto no constituye un argumento contra la razón, sino contra un mal razonamiento. M. Bergson mismo ha mostrado muy bien como Zenón de Elea, acomodaba los suyos. Si un cuchillo no corta, usted no deducirá que ningún cuchillo corta, sino que ese cuchillo está mal afilado: La lógica es un aparato bien hecho. Si usted lo hace andar echándole fichas sin valor, eso no prueba que es malo, sino que usted es un falsario. Además, casi siempre puede encontrarse la manera de impedir el fraude. Los abogados litigan, el juez distingue el sofisma de la prueba. Su razonamiento sobre la natación es fácil de desbaratar, decir que para mantenerse en el agua es necesario primero saber nadar, es olvidar la existencia de las cuevas, de los maestros de natación y de las vejigas.

Pero sobre todo, si puede ser peligroso razonar con elementos indeterminados, es mucho más peligroso todavía negarse a razonar con elementos perfectamente definidos. Abalanzarse sobre un nido de ametralladoras cuando el cálculo demuestra que ningún hombre puede llegar vivo hasta él; querer combatir aviones enemigos, con un aparato con menor poder de ascensión; resolver por una especie de intuición sentimental y de adivinación mística cuestiones de hecho, esa es la locura misma. En otros términos, hay en las cosas de la acción, un dominio de la ciencia que es vasto y en el cual es preciso aplicar los métodos de la ciencia y no los del taumatungo (El Teniente sacude la cabeza) ¿No está convencido?

Teniente

Agitó sus fichas. Hay, dice Ud, en las cosas de la acción un dominio de la ciencia que es vasto. Es evidente. Para preparar explosivos, para estudiar una máscara contra los gases, para aumentar la velocidad de un avión, se precisan los métodos de la balística, de la química, de la aerodinámica. Fíjese, sin embargo que, en la acción, la ciencia no es nunca perfectamente verdadera, no más que la química, la física, desde luego la estrategia, menos que la aritmética. La ciencia trata de los conocimientos de objetos teóricos, que presentan propiedades puras, esos objetos no existen. La ciencia verdadera para normas ideales o para los soldados del cartón del General Cautler de Chalmot. En las maniobras se encuentran, sí, planes bien trazados e intenciones químicamente puras, pero las propiedades de los objetos reales son misteriosas e individuales. Tome un químico de laboratorio y traspórtelo a la industria, sin interponer entre él y la diabólica perfidia de las cosas un contra maestro experimentado; le construirá aparatos indóciles y retortas sin control. El aprendiz de hechicero es una historia

verdadera. Ponga a prueba en la realidad, con cualquiera, los principios de la estrategia científica, este por ejemplo: Si uno se encuentra ante dos agrupaciones de fuerzas enemigas, se deberá marchar contra el ejército principal. . .

Bueno. . . En su campaña de Italia, Napoleón, a pesar de Carnot, ataca al ejército más reducido, se desembaraza de él, vuelve sobre el otro y los destruye a los dos a despecho de los principios. Von Kluck, estratega excelente, aplica en 1914 la regla de la escuela y por su fidelidad a la ciencia militar tradicional, se hace derrotar. Los generales austriacos en toda época han combinado una ciencia militar admirable con una prodigiosa predisposición a la derrota continua. Es que en el fondo existe mucho más un arte militar que una ciencia. Se precisa flexiblemente en las reglas. Se le dice al infante: No se pegue al cañón de asalto para que evite el fuego de artillería que tomará a éste como blanco. Se agrega: Sepa saltar detrás del cañón para ocupar el abrigo que a caba de dejar tras sí. ¿Cómo combinar las dos órdenes contrarias? Como el novelista que sabe ser veraz sin ser fotógrafo. Por medida, por tacto, por gusto. Como un buen bailarín guía siendo guiado. La línea no es rígida; los principios forman el eje. No hay ciencia sino en general; no hay verdad sino en lo particular.

Además, aún en la ciencia pura, el sabio no está libre de pesas inexactas, de razonamientos viciados. Uno de mis camaradas estaba en el Politécnico en la época en que los hermanos Wright volaron por primera vez. Su profesor de mecánica dictó un curso sobre la materia: “La teoría, dijo, permitía prever que sólo el biplano, es decir, dos superficies portátiles con un equilibrador adelante, será capaz de volar. Lo probó brillantemente. Seis meses después Blériot volaba en monoplano. Segundo curso en el que los cálculos del profesor probaron, a entera satisfacción de 200 jóvenes matemáticos, que lo que había sucedido, era posible.

En 1915 había en mi compañía un sargento que recién salía de “Normaleciences”; su debilidad consistía en demostrar que no se podía nunca forzar el frente alemán. Calculaba los efectos de la primera barrera de fuego de infantería, luego las pérdidas causadas por los cañones de campaña, por último venía la artillería pesada y no quedaba un solo asaltante. “No se pasará nunca concluía. Es matemático”. Trataba de rebatir los resultados; los presentes se ponían de su parte. ¿Por qué discutes? me decían. Ya que es matemático. Discuto, les respondía, porque es matemático.

Filósofo

“Para tener mucho buen sentido, es preciso hacer de modo que la

razón domine sobre el sentimiento, la experiencia sobre el razonamiento". Es cierto que la razón, aparato aéreo y perfecto se desplaza por medio de aletazos que actúan sobre el flúido que la sostiene y que es el mundo exterior. "La rápida paloma, dice Rout, puede creer que volaría mejor en el vacío" Es lo que creen los ideólogos de los cuales se burla demasiado fácilmente. Pero el verdadero sabio no olvida el mundo exterior. Clasifica hechos, extrae leyes que no son a sus ojos sino hipótesis, luego compara estas leyes con la realidad que es la que decide en última instancia. En la búsqueda científica bien conducida, la inteligencia razonadora, y la observación de los hechos colabora como el niño de asalto y el infante que usted describía. La razón camina adelante, ilumina el avance; si ve al experimentador detenido por algún zarzal difícil que ha desdeñado en su carrera, vuelve sobre sus pasos y se dispone a ayudarle. Es todavía el único medio que se ha encontrado para abandonar una posición, para llegar a la verdad.

Teniente
(Con vacilación)

Efectivamente, yo encuentro excelente ese método para la búsqueda, para el estudio, para la preparación. Pero la acción es totalmente distinta. Usted no busca lo que hay que hacer en un espacio preciso de tiempo. Una inmediata solución mediocre, vale mil veces más aún, que una solución perfecta en 8 horas. Hay un segundo en que el organismo de un enfermo oscila entre la vida y la muerte. No es hora de análisis ni búsquedas. En un mercado financiero hay una sesión en que una decisión atrevida puede salvar una fortuna mal invertida. No es el momento de verificar una encuesta internacional sobre el verdadero valor de las monedas. El 13 vendimiario, Napoleón salvó la convención en cerca de un minuto. En el Maine, Joffie salvó su ejército en un día aproximadamente. En ese sentido no es pernicioso que un E. M. sea bergsoniano, si es ser bergsoniano darle al tiempo su valor. Su hombre de ciencia no puede afirmar nada, antes de poseer un modelo mecánico tan perfecto como sea posible de los fenómenos. Poco le importa el tiempo necesario para construir un modelo. Si mal no recuerdo, Darwin recopila hechos durante 5 años antes de permitirse una sola idea genial. Luego de haber redactado un primer diseño de su teoría, espera todavía 10 años antes de entregarla al mundo. Newton reflexionó 18 años sobre la gravitación. Es admirable, si quiere pero eso sería terriblemente largo para un hombre a quien le urge el tiempo y debe emplazar sus secciones de ametralladoras. Si se hubiera tratado el asunto de la ofensiva contra fuentes continuos por métodos verdaderamente científicos, ha-

bríamos vuelto a ver la guerra de 100 años. En el hecho, no es así como se deciden los hombres que triunfan en la dirección de los grandes problemas.

Filósofo

¿Y cómo se deciden?

Teniente

No los he observado sino de bien lejos, pero trato de comprenderlos por analogía. Antes corría a caballo a menudo; buen ejemplo de acción, porque el caballo es un ser vivo. Pues, antes de la carrera se puede, se debe razonar. Se puede entrenar su caballo con inteligencia, se le puede buscar la mejor colocación. En cuanto se da la partida no se piensa más. No es que no haya decisiones que tomar. Hay que aprovechar un hoyo, adivinar el momento en que el caballo va a poder efectuar un esfuerzo, captar los signos de fatiga del adversario, pero todo esto no se define en palabras, en frases: se siente que la ocasión es favorable, una especie de comunicación corporal se establece entre el jinete y el caballo, una sensibilidad acrecentada por el enervamiento de la lucha permite, al jinete, adivinar a cada instante la "forma" precisa de su caballo; al caballo, sentir las más insignificantes variaciones de la voluntad del jinete.

¿Cree usted que en el momento en que un buen jugador de football tiene la pelota, se dice: "La masa del equipo contrario está a la derecha, estoy demasiado marcado para poder "driblar", luego ¿le voy a pasar la pelota a mi alero izquierdo?" No tendría tiempo de articular ni siquiera la mitad de la frase; pero en el terreno, a esos jugadores, los abarca de una mirada, y el movimiento necesario se decide por esa mirada.

En una batida de jabalíes, un verdadero cazador se hace cargo de la dirección: "Dos hombres por aquí: dos hombres por allá; los batidores y yo tomaremos tal sendero", y adivina con exactitud los caminos por los cuales va a pasar el animal.

En el campo de batalla, el soldado nato, a la sola ojeada de un terreno, de una tropa que avanza, ya percibe la maniobra iniciada; el agrupamiento del enemigo, los ruidos, el relieve, le hacen ver además, dónde está el arma automática, dónde el mando, dónde las reservas. De inmediato sabe cómo se presenta el ataque, cómo es necesario disponer la defensa.

En avión, es lo mismo. Usted siente que no es el momento de subir, que hay que esperar otra corriente. No podía decir por qué. En realidad, en estos momentos parece que se piensa con el cuerpo y no con el espíritu. Es natural para ejercicios corporales como el caballo o el avión, pero sin duda, es verdadero también en el modo de pensar del gran jefe. Cuando se me dice que el pensamiento de Foch es muscular, que sus manos crispadas dibujan en el aire el plan de su maniobra, estoy muy lejos de inquietarme. Eso me prueba que el Mariscal se identifica con su pensamiento. Esta coincidencia con el objetivo (que es el guía de acción más seguro), involucra necesariamente gestos. El conocimiento es tan inmediato, tan rico en detalles que no se puede traducir en frases. Es una masa inmensa y como viviente, difícil de transmitir, coincide solamente por las decisiones que brotan como los relámpagos de una nubada tempestuosa. Adquiere forma de imagen, como en los grandes poetas.

En mayo de 1918, cuando el Comandante Laure lleva al General Fayolle la orden del Generalísimo de avanzar rápido hasta más allá del Avre, Fayolle, descontento, se levanta bruscamente. "Exactamente igual, gita, si deseo alcanzar hasta el extremo de esta pieza llena de obstáculos, tendría la pretensión de no hacer sino un salto por encima de todo lo que tiende a demorar o *entrabarme*? Evidentemente no, caería antes de llegar a la puerta." Y, eludiendo los muebles más macizos, franqueando o derribando los demás, avanza a pasos decididos, llega a la puerta, la hace ceder a la presión de sus dos brazos y dice "Este es mi ataque".

¿Le asombra, le choca esta necesidad de gesticular? Por mi parte, no veo sino demostración de un espíritu bien firme. Una inteligencia aislada del cuerpo, del cual debe ser la proyección, no es más que la paloma en el vacío de que usted hablaba. Es el cuerpo el que la equilibra y la mantiene por debajo de las atmósferas demasiado rarefichadas. La acción directa de un cuerpo sobre un pensamiento es innegable. Todos los hombres de negocios le dirán la diferencia que hay entre una visita y una carta. Llevando una carta podría comunicarse todo el contenido intelectual de un pensamiento, pero ésta deja escapar lo corporal que una inflexión de la voz hubiese revelado.

En la historia de la batalla del Marne hay un hermoso drama que habría que escribir algún día. Aquello que tendría por tema la acción personal de Joffe, me refiero al hombre Joffe, ese cuerpo macizo, voluntarioso y por lo tanto, cargado de emoción y de deseo apasionado de vencer. ¿Conoce la visita a French, quien habiendo perdido la confianza en nosotros, se negaba entonces a combatir? Los generales ingle-

ses de pie alrededor de una mesa, inmóviles, desconfiados, cansados de promesas nunca cumplidas: ante ellos Joffie apasionado, taitamudeando de emoción, depositando su corazón con un gesto monótono sobre la mesa que se interponía entre él y sus oyentes. ¿Cree que lo que persuade entonces a French, es lo que dice Joffie? Lo que dice no se le entiende absolutamente, son palabras entrecortadas: “batalla en que empeñaré hasta el último obús. . . decidirá la campaña. . .” Todo esto, se lo habían dicho otros al Mariscal inglés y no había podido convencerlo. No, lo que obra, es esta “presencia”, es la pasión real, visible de este hombre; es el timbre de voz que representa sinceridad, y cuando French, le responde simplemente: “Haré lo posible”, Joffie se va sin preguntar más, porque aquí también el tono de la respuesta le garantizó mucho más de lo que contenía la sencillez de las palabras.

¿Le han descrito esa escuela de Bar—Sur—Aube donde se decidió la batalla? Los oficiales de la Sec. III ocupaban una gran sala de cuyos muros pendía una carta. En esta carta marcaban el avance de las columnas enemigas por medio de grandes flechas negras que a cada momento se prolongaban hacia el sur. Joffie entraba continuamente en esa oficina, tomaba una silla, se sentaba a horcajadas ante la carta y miraba largamente, sin decir nada. El 4 de septiembre las flechas se desviaron hacia el S. E. Hacía falta un corazón muy firme para velas descender sin una angustia mortal. Algunos oficiales decían que la retirada debía continuar hasta la ribera izquierda del Sena. Un joven oficial que contemplaba a Joffie inmóvil y silencioso ante aquellos largos trazos oscuros, pensó en alguna vigorosa bestia en acecho. Sin duda en aquel momento él veía su batalla, no como un algebrista ve su problema, sino como un gran león que se recoge para saltar. La concepción de la maniobra, el desbordamiento del ala derecho de von Kluck, la formación del ejército de Maunouy, sin duda, había sido preparado por especulaciones intelectuales. Pero el momento de preparar había pasado; ya no le quedaba al jefe, sino hacer con su maniobra un block tan bien cohesionado, que el desencadenamiento se produjese en el momento exacto en que pudiese asegurar el mayor efecto. Así, ciertos médicos generosos, inclinados sobre un enfermo que les es querido, espían los efectos de un remedio heroico, y sintiendo casi en su propio cuerpo los síntomas de su paciente, hacen su diagnóstico en su carne.

Filósofo

Me complace mucho lo que acaba de decir. Como usted, admito una “presencia” y la de Joffie siempre me ha parecido grande. Además, esa idea hace presente, de que el movimiento de un pensamiento se

realice por impulso corporal en el momento de la decisión, también lo he observado muy claramente en la creación artística. Nada más hermoso que la mirada ansiosa y como hambrienta con la cual un gran pintor parece tomar posesión de su modelo. En medio de la masa confusa de sus notas, de sus apuntes, de sus recuerdos, el gran escritor entievé de repente el conjunto de su tema, como a través de un relámpago. Sin duda será menester que llegue a la expresión analítica, como es menester que el jefe militar llegue a convertir este pensamiento corporal en órdenes precisas, pero que el conocimiento no escape a la ideología, si no ha pasado antes por este estado sensible, eso es ciertamente verdad y yo no lo discuto. Usted ve que ha sacado la mejor parte. Sin embargo .

Teniente

Bien pensaba yo que también debía haber un "Sin embargo".

Filósofo

Hay uno. Cuando dice usted que un amante tiene la intuición de lo que va a hacer su querida, que un cazador tiene la intuición de la selva, un capitán la del campo de batalla, ¿entiende por esto que una operación mágica introduce de repente en su espíritu virgen el conocimiento del porvenir? Creo que esto describirá muy mal lo que pasa realmente. Yo no como carreras ni juego foot-ball, pero soy cazador y me doy cuenta bien por medio de qué mecanismo experimenta un hombre las intuiciones que usted dice. Conoce la selva y sus rutas; conoce la vida de los animales; por ejemplo sabe, por haberlo pensado mucho, que el tiempo que hizo la víspera determina los movimientos de la bestia. Si ha llovido, el jabalí estará en la tarde cerca de los cañaverales para bañarse en los aguazales; por la mañana, en los sotos, para evitar mojarse en los zarzales. El camino que tomarán los ojeadores se determina por el cuidado de no ser venteados y de evitar las hojas, cuyo ruido los traicionaría. Su gran cazador no piensa en todo esto en el momento en que da sus órdenes, es verdad, pero es capaz de darlas, porque ha pensado. Los grandes artistas son trabajadores infatigables. Hágase mostrar las anotaciones de un Hugo para una de sus novelas, lea las cartas minuciosas de un Balzac; de un Flaubert, solicitando de correspondientes o técnicos el envío de la información precisa que le es necesaria para fijar un detalle. Piense en un Valéry formando pacientemente la mecánica de su espíritu con veinte años de estudios matemáticos. Luego, de este conocimiento perfecto del mundo particular en

el cual el artista desea construir, surgen las intuiciones creadoras. Napoleón, antes de ser gran General, era un hombre que había trabajado mucho. Había asimilado en Brienne la doctrina militar de los estrategas de la antigua Francia, que fueron grandes hombres, y hay en suma en la estrategia napoleónica, poca cosa que no provenga de esa formación.

Y sin duda el estudio no basta: "la gramática no enseña a componer un canto de la *Iliada*"; no hay duda. No hace menos falta aprender gramática para escribir y armonía para componer. Esta especie de vida mancomunada de un jefe y de su ejército, de un amante y su amada, de un inventor y de su máquina, no se obtiene sino por medio de una larga contemplación, por un profundo conocimiento de los detalles. De este modo se explica únicamente el mecanismo de la intuición.

Si he reconstruido en mi espíritu el carácter de una mujer con una perfecta exactitud, valiéndome de un estudio cariñoso y del interés apasionado que me han inspirado los más pequeños matices de su sonrisa o de su melancolía, esta imagen, que ha animado lentamente mi inteligencia, llevará en lo sucesivo una existencia paralela a la de la mujer real, ya que estará hecha de los mismos elementos. Seré capaz de prever los movimientos y reacciones de este hermoso ser viviente, porque todo lo que los determina está presente también en el modelo espiritual que llevo de ella y que forma parte de mí mismo. Es verdad que entonces, mi adivinación va más lejos y más rápida que el razonamiento lógico. ¿Pero, de qué paciente lógica, de qué razonamientos secretos resulta esta adivinación? El corazón no prescinde del método; ambos se sostienen, se apoyan, y la unión del místico y del sabio constituye la perfección del espíritu humano. Luego, lo mismo que Henri Poincaré y Joseph Bertrand obtenían de una ojada la solución de un problema, aun antes de haber bosquejado el sistema lógico que a ellos conducía, un Napoleón o un Foch ven el movimiento que se impone, sin que intervenga el mecanismo de las palabras. Pero estos grandes ejemplos no justifican al ignorante que, puesto en estado de trance, espera la victoria de la exaltación y se niega a penetrarse de los hechos para recibir de ellos el verdadero mensaje. "El arte de la guerra es como Aquiles, hijo de un mortal y de una diosa". No descuide a la diosa.

Teniente

¿Si lo he hecho, que me perdone! Sin embargo...

Filósofo

¿Hay un sin embargo?

Teniente

Helo aquí. Ud. ha demostrado que para hacer un hombre completo se precisa la unión del místico y del sabio, que el sabio debe preparar, formar, el místico inspirar, decidir que la paciencia del uno constituya la fuerza del otro. ¿Pero, no le parece que en el interior mismo del trabajo preparatorio aun se ejerce una especie de acción mística? ¿Cómo un Pasteur, un Darwin, un Newton encuentran la fortaleza para hacer y rehacer sus experiencias, para no pensar sino en un problema único, limitado, durante años? Es indispensable que los sostenga una especie de fe.

A menudo se encuentra en los ejércitos a hombres cuya lentitud de espíritu los hace juzgar mediocres y que llegan a ser grandes por la sola fuerza de su tenacidad. Pienso, por ejemplo, en un Kitchener, a quien he acompañado en Salónica, recorriendo las posiciones francesas. Sus ideas estratégicas me recordaron las de un buen sirviente de una batería. Pero cuando había decidido una operación, ponía al servicio de su decisión tanta firmeza, una previsión de detalle tan completa que era raro que fracasara.

¿Se acuerda de la paciente venganza que supo prepararle a Gordon asesinado por los derviches? Fue preciso formar al ejército egipcio, equiparlo casi sin dinero con el material de desecho de los ejércitos europeos, luego hacerlo avanzar a lo largo de un corredor rocoso y mantenerlo aprovisionado en un desierto. Pero eran justamente éstos los trabajos indicados para Kitchener. Hizo desenterrar viejos rieles sepultados en el lodo. Trazó él mismo la línea, diseñando sus curvas, dirigiendo sus equipos. Cuando estaba casi terminada, una crecida del Nilo levantó siete kilómetros. Apretó los dientes y comenzó de nuevo. Finalmente, pudo correr el primer tren. Al mismo tiempo llegaba de Inglaterra una cañonera desmontable que había comprado con las economías del ejército egipcio y que debía permitirle ejecutar fuegos flanqueantes sobre el enemigo. Se embarcó con su Estado Mayor. Dio la orden de partida. Se sintió una gran explosión; la caldera había saltado. El oficial mecánico vino a decirle que el desperfecto era irreparable. Entonces se creyó que Kitchener iba a salir de su terrible calma por primera vez. Se vio que sus ojos se ponían húmedos y contraerse las comisuras de sus labios. Descendió precipitadamente a su cabina, salió cinco minutos más tarde, apaciguado, dio las órdenes de desembarco y dijo que se abstendría de la cañonera. La campaña duró más de un año. Por fin el Madhi fue muerto y con él 10 000 derviches. Kitchener pudo entrar en Kaitum. Durante su desfile de triunfador presentaba el aspecto de una estatua de piedra.

Al comienzo de la Guerra Europea de 1914, el único entre todos los grandes jefes, se preparaba para cinco años de lucha. Cuando habló de dar a Inglaterra un ejército de tres millones de hombres, los políticos sonrieron. Briand le dijo un día: "Ud. ha vencido en un país donde a una palabra suya los pueblos se inclinan; las aldeas surgen de la tierra; en el Boulevard de los Italianos no se puede hacer milagros". Briand se equivocaba: se puede hacer milagros en Trafalgar Square; se podía hacerlos en el Boulevard de los Italianos. Si un hombre, aun corriente, concentra todas sus fuerzas sobre un objetivo único, obtendrá resultados que parecerán milagrosos a espíritus que más ágiles pero sin calor y sin amor "Este calor del genio y este amor por su objetivo son los que le hacen imaginar e inventar sobre este objetivo mismo". Napoleón escribió, "Que el carácter sin inteligencia vale más que la inteligencia sin carácter." Digamos más exactamente, que un poco de inteligencia empleada por un corazón apasionado irá más lejos de un gran genio puesto al servicio de un alma fría.

Filósofo

Este sol matinal llega al cenit, creo que debemos encaminarnos hacia los furgones de la Intendencia. (Se levantan, caminan en silencio durante algunos minutos Llegando a la avenida de las Reinas, el filósofo se detiene). Veo que nos sucede con esta búsqueda como con todas las otras Cada vez que se cree haber descubierto un elemento primario, se observa que el elemento es divisible hasta lo infinito. Hemos encontrado en una atención apasionada el secreto de la intuición, el secreto de la atención misma en el calor del genio. Hay que ir más lejos Este apasionamiento, este ardor, esta fe, ¿de qué están hechos?

Algunas veces el genio es la expresión de una sensible falta de equilibrio; una pasión desgraciada crea fuerzas que no pueden emplearse y estas fuerzas se desvían en beneficio de la acción útil Se distingue muy bien en la "Ética" los pasajes inspirados a Spinoza por su amor sin esperanza por la señorita Van den Ende, y en la campaña de Italia las reacciones de celos del joven maudo. A veces también un simple accidente estimula el mecanismo cerebral; de lo que Pascal es el ejemplo clásico. En otros se encontraría tal vez la inteligencia entrando a actuar por un sutil rodeo Hay hombres a los cuales un argumento poderoso ha imbuido de repente en una fe. Se dice que Cecil Rhodes concibió el proyecto de su imperio africano oyendo hablar a Ruskin en Oxford, de la grandeza británica La lectura de Karl Marx debió ser el motor inicial para Lenin.

Cuando recién le conocí, Stendhal, Kipling, Tolstoi, Barrés, se disputaban a un adolescente y lo modelaban entre todos. Tíaté, yo también, de participar en el modelado, luego sobrevino la guerra que se lo llevó. Sin duda el espíritu de vuestro héroe conoció tales aventuras. Me gustaría saber qué accidentes, qué lecturas, qué amistades estructuraron las almas de un Petain, de un Nelson, de un Bonaparte. En lo que respecta a Kitchener, un inglés me ha contado que él debió esa fuerza paciente a una timidez tan grande que le dificultaba la vida en sociedad. La desazón le hizo amar obras que otros más felices hubieran juzgado fastidiosas. El terrible silencio del tímido, creó la leyenda de severidad que le fue útil y protectora.

En la llama que denominamos genio, brillan pasiones humanas y simples, pero un foco de forma rara que concentra su temperatura en un solo punto, nos asombra por su calor.

Teniente

¿Adónde quiere llegar mi querido maestro? ¿A probar que el héroe no es un dios? Que los accidentes de la vida contribuyen a formarlo. Es verdad, sin duda, pero ¿qué importa? Puede ser que, como usted dice, Bonaparte, César, debieron su genio militar a alguna causa secreta y simple. Sabían mandar. Eso me basta.

Filósofo

Eso no me basta. Mirar desde el exterior un hombre de genio, aceptarlo como un ente monstruoso y singular, asombra el espíritu sin aumentar el valor. Al contrario, comprenden por qué medios, sencillos, llevando el fusil, estudiando el terreno, un Tucena dirige él mismo su inteligencia y su "carcasa" (1); como un Roberto Peel preparado desde su infancia para la profesión de Primer Ministro de Inglaterra, llega a serlo y de los mejores; como el héroe sabe hacer de su alma una morada siempre lista para recibir el accidente favorable, he ahí lo que da al aprendiz el sentimiento de su libertad.

Ayer estábamos de acuerdo al pensar que es peculiar del grande hombre la certeza que tiene de poder crear el porvenir, distinguiendo, no obstante, como lo dice muy bien Retz, lo extraordinario de lo imposible. Ahora este último elemento, que hemos perseguido juntos, este residuo último del análisis, este fino rasgo del genio, estoy cierto que es la certeza innata de poder crearse uno mismo en vista de la obra vislumbrada.

(1) Aceptación militar "carcasa": bomba pequeña de cercos de hierro, que se dispara como un mortero. -N del T

(Pasan la reja del jardín)

¿Me deja aquí?

Teniente

Si Ud. me permite, daré aun algunos pasos con Ud. Todo esto es importante para mí. A menudo, cuando pienso en los hombres que admiro, me siento descorazonado. En los relatos de los historiadores, en sus propias memorias, en sus retratos, aparecen tan perfectos, realzados por un contorno tan neto, que desespero de asemejar me a ellos, al comparar esa representación voluntaria con mis penosas búsquedas.

Filósofo

Hay que desconfiar de los malos pintores: fijan lo que es inconstante.

Teniente

Però lo que acaba de decir de los elementos humanos del genio, lo que adivino también cuando un verdadero Jefe, un gesto, ojos vivos, me confirma lo contrario y me hace confiar. No es que aspire a grandes acciones, sino que no deseo dudar de mi fortaleza, y me gusta la representación del grande hombre tal como lo ha evocado. Si, creerse uno mismo; conocerse como línea de partida; conocer ese apetito de placer, ese amor propio inquieto, ese espíritu perezoso; conocerlos y rechazarlos, reconstruirlos tal como se les desea; reconstruirlos lentamente, pues nuestro excedente de voluntad disponible es débil y no podemos desplazar sino pequeñas partículas; pero saber que la conjunción de los esfuerzos minúsculos, bastará para construir un día esa morada de que Ud. hablaba, saber que un gran poema, como una gran batalla, son la suma de pequeñas decisiones; saber que la crisis llegará en el momento más imprevisto, y que para estar siempre preparado, es preciso, sobre todo, proveerse de buenos reflejos; trabajar ante uno mismo en el puesto en que se encuentre, con una escuadra, si se es cabo; con una compañía, si se es capitán; pero en todo caso, comenzar, obrar. Si, me gustaría pensar que esto es el genio.

(Se aleja bruscamente)

Filósofo

Creo, amigo mío, que no es otra cosa.

DIALOGO III

EN CASA DEL FILOSOFO, QUINCE DIAS MAS TARDE

“Sostenía que lo que más necesitaba el mundo, eran caballeros andantes, y que el orden sería establecido por él” —CERVANTES

Filósofo

¿Entonces, parte mañana?

Teniente

Y parto sin pena, nuestras pláticas han sido lo mejor de este descanso. No estoy hecho para esta vida contradictoria. Entre sus otros Rounis, demócratas, burócratas, un teniente no puede emprender nada. Al cabo de tres meses una circular le lleva los hombres que acaba de formar. El único verdadero camino de acción, es la política; en eso me sentiría torpe. En Marruecos, Ud. se hace de partidarios, diseña caminos, cava pozos, captura bandidos, Ud. es un gran “hakem”, es agi-dable.

Filósofo

¿Y le quieren?

Teniente

¿Nuestros hombres? Sí, lo merece. ¿Los “Bereberes”? Lo admitan si es Ud. un guerrero magnífico; ¿Cómo le van a querer? La Paz que Ud. impone interrumpe sus placeres y destruye el excelente equilibrio de una sociedad absolutamente militar. “¿Qué? —piensan— ¿Le va a prohibir a los valientes dispararse unos a otros? ¿Cómo distinguirán las mujeres en lo sucesivo a un hombre de mérito? ¿Qué será de los cantores si ya no hay proezas que cantar?”

Filósofo

Pero entonces, señor conquistador, ¿cuál es el objeto de la conquista? La última vez que le vi, yo estaba de humor complaciente y discutía en forma cortés la naturaleza del genio de la acción, sin poner en duda su valor positivo. Reconocimos que algunos hombres, grandes

soldados, ministros, industriales, son más capaces que otros de imponer al universo el sello de su voluntad. Lo reconozco aún. Pero veo que el hombre de tropa, asociado a sus empresas, deja algunas veces su vida, siempre su libertad y sus goces. Está permitido preguntarse si el juego vale la pena. Vuestros "Bereberes" vivían ingenuamente satisfechos en el desorden y el bandidaje, ¿qué les aporta su paz militar? Los hindúes se adaptan después de siglos de una vida indolente y peligrosa; ¿qué satisfacciones reales les hacen gustar el confort y la policía británica? Los tejedores a mano trabajan familiarmente en sus poblaciones normandas o picardas; ¿está bien, que nuestros industriales hayan constituido para ellos tristes barracas? Una sociedad de hombres pacíficos y ociosos, preocupados, sobre todo, de cosas espirituales, que no se mortifican sino para procurarse el pan, habitaciones, vestidos, podría ser muy superior a la América taylorizada. La encantadora Alemania de Mme. de Stael, en que las pequeñas cortes ociosas se dedicaban enteramente al amor y a las letras, era más feliz y más civilizada que la Alemania mecánica de Stinne, que la Alemania explosiva de von Schlieffen. La inquietud no es valor; la actividad no es una virtud. El orden es un medio, no es un fin. Si la verdadera finalidad es la felicidad de los hombres, ¿son éstos más felices que vuestros héroes?

Teniente

Es demasiado hiriente, mi querido maestro, oírle sostener en mí contra la masacre y el bandidaje. Pero no he dicho nunca y no creo que la finalidad del héroe sea la felicidad de los hombres. El orden no es un fin dice Ud. Es que precisamente para algunos espíritus, creo que es un fin. Hacer inteligible lo que era oscuro, trazar espaciosas avenidas en bosques desarticulados, encauzar esfuerzos divergentes, es un placer y es una necesidad. Luis XIV, modelaba sin duda a Francia en cierto modo, como levantaba a Versalles. El espíritu que dibujó alrededor del Arco de Triunfo esa bella estrella de avenidas es el mismo que concibió la Universidad, la Legión de Honor y el Consejo de Estado. Hay muchos rasgos comunes al artista y al hombre de acción. Ambos, no pudiendo soportar el desorden de la naturaleza, desean imponerle un orden cuyo modelo llevan en su espíritu y cuyo espectáculo les encanta. El artista se satisface creando un mundo imaginario; el hombre de acción transformando el mundo real. Por mi parte, no soy sino un muchacho inhábil que se divierte con la tierra blanda, pero me gusta mejorar el territorio de mi puesto.

Filósofo

He ahí lo que explicaría por qué el artista es raramente hombre

de acción. Le es demasiado fácil evadirse en lo imaginario y construir a la medida de sus deseos, al menor obstáculo de la realidad. Medite en el caso de D'Annunzio. La firmeza latina de su elocuencia, la gracia sutil de su valor, aquella heroica aventura de Fiume, todo hacía esperar un gran conductor de hombre. No fueron sino llamadas admirables y breves. Un político apomado, como Giolitti, va más lejos que él en realidad. ¿Por qué? Porque es el verdadero artista, el gusto por la acción es intermitente. Bombardeará una ciudad, arreará a una muchedumbre romana. Pero estas acciones serán para él cortos paseos por la vida. Tan pronto como los personajes humanos se resistan a obrar como el maestro escultor lo desea, éste regresará al mundo de las imágenes dóciles, donde es más poderoso que el César, Byron, en el momento de su partida para Grecia, piensa en llegar a ser el rey, pero se cansa pronto de estos griegos miserables, tan diferentes de los de Homero. Lamartine suspira con desfallecimiento en cuanto ve su revolución de ángeles usurpada por los agitadores.

Teniente

César fue un hombre de letras.

Filósofo

Pero de poca imaginación.

Teniente

¿No tenía Goethe condiciones para ser un gran ministro? “Prefiero una injusticia a un desorden”, es una frase digna de Talleyrand.

Filósofo

Pero Talleyrand no la hubiese escrito. En realidad, la historia de Goethe, hombre de acción, es breve. ¿Qué piensa usted, oh soldado, de un ministro de guerra que al obtener una licencia para visitar Italia, escribe a su príncipe: “He vuelto a encontrar mi verdadero yo. ¿Pero como qué? Como artista”. . . Todo esto nos aparta de mi pregunta. La repito: ¿Es deseable que el héroe se mande? ¿Qué hará él por la felicidad del hombre de tropa?

Teniente

Hubiese querido verlo, mi querido maestro, bajo el alto kepis de los hombres de tropa que se batieron tan bien en Boigny, en Rézonville,

en Saint-Privat. Tal vez nunca Francia tuvo mejores soldados. Pero esos soldados no tenían Jefe. Bazaine se paseaba por el campo de batalla con gran valentía y hacía las veces de un ayudante. Mandaba un tiro de sección, rectificaba una tenida, y olvidaba completamente que era responsable de un ejército. En vano Ladmirault, Canrobert, le suplicaban que enviara refuerzos y que hiciera conocer sus planes. El Jefe, encerrado en un silencio, puede que maquiavélico, permanecía como espectador de los acontecimientos. De nuestra inactividad, lentamente nacía la victoria contraria. Eran ellos los que esculpían su imperio, en esa materia informe del porvenir que dejábamos deslizar sin detenerla. Y, sin embargo, si nunca debieron ser ganadas batallas, fueron éstas. Había que decir una palabra: "adelante"; los alemanes estaban perdidos. Imagínese la revolución que esto hubiese producido en el mundo. El ejército profesional derrotado, sin esfuerzo, por la nación en armas. El mundo entero renunciando a esa idea nómada y grosera. La demagogia retrocediendo; evitada la Gran Guerra. Pero Bazaine era un vulgar conspirador y no un jefe militar; la fuerza de todos era anulada por la incapacidad del general. El 10 de agosto, Bonaparte se preguntaba con pena por qué no había nadie que mandara sus pobres suizos: "Habrían vencido si hubiesen tenido a alguien", y aun allí, un solo hombre había transformado el porvenir del mundo. ¿No cree Ud. que los soldados de Rennekampf acorralados en los pantanos de Mazovia habrían aclamado un verdadero jefe? Cuando fue muerto Turenna, sus lugartenientes discutieron largamente sin determinar nada, por lo cual, los soldados gritaron "Soltad la "Regañona", ella nos conducirá". Era el caballo que el mariscal montaba ordinariamente. En esa época un campesino de Champagne fue a rogar a su señor que rompiera el contrato de arrendamiento de su granja diciéndole por toda razón: "El gran Turenna ha muerto".

... Los hombres (de tropa o artesanos), tienen necesidad de un mínimo de seguridad para vivir. Cuando han hecho de sus asuntos un atascadero tal, que ya no pueden ni comer, ni dormir, ni levantar a sus pequeñuelos, entonces llaman a gritos al Hacedor de orden, a maese hechicero. Nuestro amigo el industrial me ha descrito a menudo la actividad de sus obreros en tiempo de crisis. En los períodos de prosperidad el obrero envidia al patrón y anhela zafarse de él, es natural. El trabajo es abundante, los salarios fáciles, el jefe superfluo. Viene el paro; el cuadro cambia; sólo los jefes previsores y hábiles pueden alimentar su personal aun; éste se vuelve hacia ellos con ansiedad. Cuando una nación atacada se ve en peligro de ser hundida, sea ella socialista, comunista, pacifista, da al jefe militar toda facultad contra la libertad.

Paul-Emile declaró que, elegido por necesidad, no tenían obligación hacia nadie y exigió que el pueblo no se entrometiera en los asuntos de la guerra.

En 1918, en una de mis secciones en que habían sido muertos todos los graduados, el mando pasó a un soldado. En un discurso improvisado quiso explicar a sus hombres que seguiría siendo para ellos camarada, que su poder no tendría nada de absoluto, que la sección sería una república. “Está bien, dijeron, déjanos en paz; manda!”.

Cuando los marioquies sedentarios son despojados de su ganado y de sus mujeres por los nómadas, se sienten muy felices de ver avanzar el orden francés. Deja de maldecir al santo cuando el peligro ha pasado. ¿No cree usted que a su regreso de Egipto, no era de obligación para todo francés amante de su país, (y digo aún realista), recibir a Bonaparte como Salvador? Más cerca de nosotros, ¿por qué Mussolini tomó el poder sin encontrar resistencia? Porque la ausencia de gobierno había recordado a todos los beneficios de un gobierno fuerte. Basta haber visto la Italia de Nitti, la anarquía en la calle, el robo organizado, las salvajadas de las encajeras de Milán, aquel joven colgado del puente de Florencia y a quien los agitadores contaron las muñecas. Eso es lo que no hay que olvidar cuando se ve al pueblo italiano soportar las violencias fascistas. El sofisma reside en juzgar las acciones de tiempo de crisis olvidando el estado de crisis. Además, si Mussolini se mostrara incapaz de mandar a sus compatriotas y de imponerles un sistema, surgiría un nuevo salvador. Todo esto es obligado. En un teatro en llamas, si los espectadores se atropellan hacia las salidas, la catástrofe será enorme. Si un hombre de carácter firme, de voz potente y de mucho valor, se sube en un sillón, conforta a sus vecinos, da órdenes y disciplina las corrientes de salida, es posible que los espectadores salgan vitó si la lógica, o arte de pensar, se estudiaría ambos de la aventura. Respondo a su pregunta: ¿Qué es lo que le aporta el grande hombre al hombre de tropa? Le aporta este orden en el peligro sin el cual la tropa está perdida.

Filósofo

He ahí una poderosa argumentación. Pero soy mal auditorio . . . ¿hace falta un jefe autoritario en un teatro en llamas, en un barco que naufraga, en una nación en peligro? No tengo nada que decir sobre esto y le doy con gusto la razón. Pero veo dos observaciones muy importantes que agregar. Numerémoslas, es mi costumbre; está hecha para agradar a un militar.

Entonces, primero: No pasamos nuestra vida en teatros en llamas o en barcos naufragados. Gracias a Dios, vivimos en paz. La seguridad de un francés que se pasea por las grandes carreteras en el año de 1923 está indudablemente más garantizada como no lo estuvo nunca existencia humana alguna. Tales parecen ser los frutos de la libertad política, pues esta seguridad le hubiese parecido increíble a un hombre del siglo pasado. Se me figura que el pueblo de este país, exige de sus hombres públicos, con una firmeza extraordinaria, una actividad en cierto modo deportiva a la vista del adversario. En cuanto sobrepasa este "punto sensible", sus mismos amigos se sorprenden y la muchedumbre de los indecisos desplazándose algunos pasos, hace inclinarse el barco al otro lado. ¿Por qué aceptaríamos en un estado tan pacífico y tan favorable una disciplina que no es útil sino en circunstancias extraordinarias? No somos tribus agrícolas saqueadas por los nómades; ¿en qué forma su ejemplo determina nuestra conducta? No somos franceses del Directorio, ¿por qué deseáramos el regreso de Egipto? No somos una sección en el combate; ¿por qué buscaríamos comandantes?

Segundo: ¿No cree que sus hombres de acción crean muy a menudo ellos mismos los peligros a los cuales ponen en segunda remedia? Los grandes industriales son necesarios para hacer marchar inmensas fábricas, ¿pero hacen falta inmensas fábricas? Fue necesario un buen general para evacuar Gallipoli, ¿pero qué fuimos a hacer en aquella cuasi-isla? Los soldados rusos cercados en los pantanos de Mazuria, ¿habrían aceptado de buena gana un jefe? Es cierto. ¿Pero no habían aclamado con mucho mayor entusiasmo todavía, a un gobierno bastante razonable para dejarlos en sus islas a quinientas leguas de distancia?

El hombre cuya utilidad no se hace presenté, sino que en la dificultad de los otros, se siente naturalmente llevado a provocar dificultades. Yo no quiero decir en absoluto, que conscientemente, un partido militar busque la guerra por ambición de ascenso y de cruces. Observe sin embargo que, aun esto sería perfectamente concebible. Cada uno de nosotros es un pequeño monstruo y si yo hubiese mandado un sector, sin duda habría deseado tener, también yo, mi pequeño ataque. Pero démosle más crédito a la naturaleza humana; hablamos en este momento de super-hombres y debemos suponerlos sin bajas pasiones. Inconscientemente es como Agamenón y Ulises organizaron el estado de cosas favorables a su actividad normal y realmente formidable para los aqueos y troyanos. Un jefe militar pedirá siempre un ejército numeroso y bien equipado. Por su sola presencia éste constituirá un estímulo a esa actitud frágil que lleva rectamente a la guerra. Sobre todo, hay que tener en cuenta la inquietud constante tan necesaria a todos los hom-

bres y que le impulsan a buscar la lucha, no por odio o crueldad, sino por necesidad de animar su vida. Es lo que hace jugar al alza y a la baja a los financistas multimillonarios que no tienen ninguna necesidad, tampoco ningún deseo de ganar. Es lo que hace pensar por un buen soldado, ejercicios mortíferos y reales. Los filósofos mismos no podían vivir sin guerras crudas y encarnizadas cuyo fundamento es alguna teoría bastante oscura. Pero aquí son disputas de palabras que no hieren a los espectadores. Los militares son más peligrosos, porque somos los peones de sus tableros.

Si la idea le molesta, transpórtela a un mundo al cual no esté ligado tan estrechamente. Pregúntele a su amigo el industrial si le agrada encontrar a un verdadero jefe a la cabeza de los sindicatos obreros. Le responderá que el agitador profesional es un ser perjudicial, que inventa injusticia cuando no puede encontrar nada de efectivo, por último, que tiene necesidad de su huelga anual para justificar su presencia. Todo esto es efectivo, pero no es menos verdadero en el hombre fuerte en toda actividad. Por esto es que me gusta colocar en el poder a la mediocridad de los grupos numerosos. No tiene que mantener su prestigio, porque no lo ha tenido nunca.

Teniente

(Después de un corto silencio)

He visto dirigir dos ataques convergentes contra mis posiciones. Permítame situarlos para dirigir mejor mis respuestas.

a) Los hombres no siempre son pasajeros de un barco que naufraga;

b) Los peligros cuando existen, son a menudo la obra del dirigente mismo.

Sobre el primer punto, siento no poder ceder, ni aun una pulgada de terreno. Efectivamente hay en la historia períodos de equilibrio y de reposo, pero no estoy de acuerdo con usted para considerar la época actual entre estas treguas tan escasas. La seguridad de que habla es real pero frágil; algunos años de gobierno débil bastarían para hacerla peligrosa destruyendo la disciplina social sobre la cual está fundada. Más que nunca nos hacen falta jefes. Problemas como el de la moneda, el de las deudas entre las naciones, el de la seguridad de Europa, exigen espíritus superiores. Cada pueblo tiene poderosas razones, en el terreno de la lógica y del derecho se puede discutir infinitamente; es preciso resolver. Hace falta, pues, en cada país un hombre que sepa decir:

“Decisión” y agregar a continuación: “Ejecución”. Tranquilícese, mi querido maestro, no pido (y lo deseo), que este hombre sea un soldado. Pero pido que tenga *espíritu militar*, es decir, el valor de *elegir* y el valor de *mandar*.

Hago frente ahora al segundo grupo de ideas. Dice usted que algunos de mis hombres de acción son la causa de los males, de los cuales llegan a ser en seguida el remedio. Pregunta usted: ¿Tendríamos grandes guerras si no tuviésemos grandes generales? Le confieso que la pregunta me asombra hasta el estupo; ¿dónde ha visto usted en la historia que las guerras hayan sido provocadas por los soldados? Las guerras son declaradas por los gobiernos sostenidos por la “opinión pública”. En el hecho, el verdadero militar ignora las causas de la guerra y no se interesa por ellas. Se le dice: “Ha llegado el momento”. Aplica lo que aprendido. ¿Está feliz de bañarse? ¿Está feliz el electricista cuando se produce el corto circuito? Lo repara silbando y procurando pensar en otra cosa. El oficial joven, sin familia se divierte tal vez al comienzo de la campaña, Pero crea que muy pronto no tarda en perder ese entusiasmo, en analizarse, en disfrutar los placeres de la vida. El oficio opaca la novedad y aminora el entusiasmo. Lo que nos chocaba a los oficiales de carrera durante la guerra, cuando observábamos a nuestros camaradas de reserva, era observar los belicosos que eran. Siempre preparaban un golpe. No contentos de combatir con el enemigo, se peleaban entre ellos, de compañía a compañía. Nosotros, los del servicio activo, éramos más unidos. Nos decíamos: “¿Pero qué es lo que les pasa, al fin? ¿Los vuelve así el comercio?” Y concluíamos pensando: “Después de todo, entre civiles la guerra puede surgir siempre”.

Filósofo

Le hablo de generales que hacen una guerra sin enlodarse; Ud. me responde con ideas de teniente que se halla en el lodo. No sé si los bomberos amen los incendios: me lo temo. Pero el Coronel de los bomberos experimenta con ellos un vivo placer ciertamente. Las brasas iluminan su triunfo; ministros y prefectos se ponen a sus órdenes; esta partida ganada siempre, constituye una actividad atractiva. El gran jefe debe amar la guerra, sería un santo si no la amase. Sin hablar de la gloria, los libera de sí mismos, de los demás. Saint-Simón cuenta que habiendo sido reconvencido por Luis XIV a causa de una ventana mal construída, Louvois dijo que le armaría una gresca tal, que le haría tener necesidad de él y dejaría allí la plana. “No demoró nada en cumplir su palabra. Comenzó las hostilidades, por unos asuntos de elección en Colonia; las confirmó llevando la desolación al Palatino; allí con-

cluyó por obtener la rendición general, desesperando al duque de Saboya” Todo esto por una ventana demasiado alta y un amor propio herido Ud. ve a lo que puede aspirar la tranquilidad del hombre de tropa.

Teniente

¿Puede decir tres frases? Nunca que yo sepa, un capitán de bomberos ha sido detenido como incendiario Saint-Simón fue un mal hombre y Louvois no era general.

Filósofo

Le citaré, pues, generales ¿Le aconsejó Ludendorff a su Emperador hacer la paz? ¿No estuvo a la cabeza de los partidarios alemanes de la revancha? ¿Se mostró Napoleón capaz de renunciar a su pasatiempo favorito? No estoy aún completamente cierto de que comprendiera la idea de paz. “Entre naciones, decía, no existía la paz, no hay sino treguas”

Teniente

¡Ah! Es que justamente cita a hombres a los cuales les faltaba algunos rasgos para ser grandes hombres. Existía el filósofo en Napoleón, más no lo suficiente. Quiso un pesado manto de armiño, aquella corona, ese trono. Debilidades. Se ve claramente en las Memorias del Conde Molé por donde vacilaba el coloso. “No sabía nunca el punto hasta dónde llega lo posible”. ¿No es curioso volver a encontrar aquí una de las conclusiones de nuestra primera conversación? En cuanto a Ludendorff la aventura hávala prueba que el hombre no era completo. Se lanzó allí infantilmente, sin preparación, sin dignidad. Soy más exigente para mis héroes. Deseo que, resignados a tomar el poder cuando sus servicios sean necesarios, lo dejen sin pensar cuando juzguen que no son útiles. Deseo que dentro de la normalidad restablecida, estén dispuestos a aceptar un control razonable, como lo estuvieron durante el peligro para llevar solos las responsabilidades.

En realidad, esta actitud es la de los grandes soldados de todas las épocas. Severos y tímidos, audaces y modestos, despiadados y bondadosos; así es como se le aparecerán si los juzga sin prejuicios. Los lazos que los atan han sido hilados desde el comienzo de la historia por las diosas del hogar y de la ciudad. Lazos sutiles, singularmente fuertes, aunque casi invisibles, ellos determinan ese tipo sorprendente: el general romano que no combate sin la ayuda de los adivinos; el general de

la república respetuoso del más ínfimo diputado; por último, el hombre de guerra que hace temblar sus regimientos y que tiembla ante su mujer.

Mi respuesta a su argumento extraído de la vida obrera, será el mismo. Efectivamente que al industrial no le gustaría encontrar a la cabeza de sus obreros, un chismoso ambicioso y perverso que considera el conflicto y el motín como un medio al servicio de su carrera política o sindicalista. ¿Pero cree usted que no le agradaría mucho ver ese puesto confiado a algún espíritu grande, moderno y justo, tratando, es cierto, de obtener todo lo que le pareciera posible para sus gentes; sin embargo, capaz de comprender las necesidades de la industria? La verdad es que no basta llevar la corona para ser un verdadero rey y no debe darse el hermoso nombre de jefe a aquellos que usurpan el título sin tener las características de tal.

Filósofo

¿Pero se puede tener el título y conservar las características a la vez? ¿Puede un hombre ser prudente si ha ejercido el poder absoluto? Es el mito del buen tirano, pero no hay tirano bueno. No sé quién decía: “Cuando tengo dificultad para juzgar a un hombre, me pregunto: ¿Qué haría si fuera emperador romano? Y veo en seguida surgir Nerones, Calígulas y Domicianos”.

Teniente

Pero también Galbas, Marco Aurelios Tal vez tengo demasiada confianza en mí, pero aceptaría la experiencia. Estoy seguro de no ser un Nerón.

Filósofo

(Sacudiendo la cabeza)

El joven Bonaparte había dicho otro tanto. El joven Bonaparte figuraba muy bien, leía a Plutarco con emoción, tenía buen sentido y era virtuoso. Acaba usted de reconocer lo que hizo de él el poder absoluto.

¿No sería usted Nerón? *Lo espero, lo creo.* No sería ya usted mismo. Alrededor de un hombre poderoso se cimienta pronto a pesar suyo, el mecanismo de las pasiones. Las mujeres se encaigaban de corromperlo. El gran jefe pierde el contacto con aquella realidad a la cual usted quisiera verlo ligado. No hace nada él mismo. Habla, escribe, y

en el ejercicio de estas acciones fáciles, olvida, si alguna vez las ha conocido, las duras necesidades de la materia. En cuanto al retiro voluntario, veo pocos ejemplos después de Cincinato, y esto no me sorprende. ¿Cómo pensaría el jefe en inactividad? Aún cuando no sea ambicioso, se cree necesario a la felicidad de sus pueblos. “¿Qué haremos, dice el E. M., el día en que no esté usted aquí? En efecto, dice el gran Jefe ¿qué harán ustedes sin mí? No dejo de pensarlo sin congoja”!

Teniente

Me parece, mi querido maestro, que peca usted aquí de ese fatalismo que juntos hemos condenado anteriormente. Habla usted de mecanismo necesario, de naturaleza humana siempre semejante a ella misma. ¿No es la naturaleza humana lo que el hombre quiere que sea? Sin duda es muy humano acercarse al poder. Pero es también humano, culto, íntimo de la gloria personal, constreñirse a renunciar a él. Puedo darle diez ejemplos más modernos que Cincinato. ¿Conoce un poco la vida del Mariscal Bugeaud?

Filósofo

No, fuera de Abdel-Kader, el casquete y el pequeño fragmento de discurso que me leyó el otro día.

Teniente

¡Pues bien! Fíjese: Después de Waterloo, Bugeaud, joven y brillante Coronel, es licenciado por el gobierno real y cree terminada su carrera. Se va a la pequeña posesión de su familia, se despoja del uniforme y, con entereza, se hace agricultor. Encuentra un páramo perigordino cubierto de matorrales polvorientos, terrenos como achicharrados por el fuego, un prado pantanoso, caminos sucados de ciénagas. “Vamos, dijo, ha pasado mi época; mis pequeños conocimientos de infantería serán en adelante inútiles. Sin embargo me queda un comando, 500 corderos, 20 vacas, tres sirvientes. Todavía forman un hermoso batallón”.

En quince años coloniza ese territorio, y se hace adorar de los aldeanos; no se ve más que trigo lozano, granjas confortables, aldeanos bien vestidos, caminos cómodos, y todo es obra de Bugeaud. Viene la revolución de julio. Es designado diputado, y al mismo tiempo general, por preferir la paz de su comarca. Pero la política pacífica de Luis Felipe no tiene sostén más sólido que este soldado.

(Aquí el Teniente toma de la chimenea del filósofo su cuaderno y lo hojea rápidamente)

En 1831, cuando los periódicos piden la guerra con toda Europa: “Aun cuando la nación quisiera la guerra, escribe Bugeaud, esto no debería decidir al gobierno, porque las masas razonan sobre estas cosas como los ciegos, de los colores. ¡Cuántos gastos! ¡Cuántas pérdidas! ¡Cuántas desgracias! Las ventajas serían pagadas muy caro. En realidad con la guerra yo no tengo sino ganancias, o seré muerto o avanzaré. Y sin embargo, no la deseo, pero temo sobre todo la guerra civil y la anarquía republicana”. Y en 1840, en que se trata de pelear contra Inglaterra en beneficio de Mehemet-Alí: “Señores, dice en la Cámara, no debéis empeñar a vuestro país en una lucha inmensa, sino que por motivos inmensos. El honor de las naciones no se parece al de los individuos”. En cuanto ve una oportunidad de pactar en Algeria, lo hace: “He sacrificado la certeza de un éxito a lo que me ha parecido conveniente a los verdaderos intereses del país. . .” Es menos brillante, pero es más prudente. No se me sabría agradecer, lo preveo, y es en esto, en lo que puede que haya algún mérito en haberlo hecho.

He ahí la conducta del más grande de los generales franceses del Siglo XIX. Y observo que he anotado en mi cuaderno, inmediatamente después de esto, un viejo fragmento que en efecto se aplica muy bien a Bugeaud. Está sacado de un “*Tratado de la guerra en general, por un oficial de distinción al servicio del Rey muy cristiano*”.

Es necesario que un general sea de aquellos caracteres, que contentos de sí mismos consideren por debajo de ellos, todos aquellos bienes y grandezas que hacen la felicidad de las almas bajas: de modo que, cuando le sobreviene lo que se llama desgracia en el mundo corriente, sea siempre el mismo y tan contento en la adversidad como en la prosperidad; que sepa vivir en un rincón del mundo con mil escudos de renta como con 100,000, haciendo consistir su riqueza y su fortuna, en la sola satisfacción de haber mandado los ejércitos con dignidad. Sobre estos principios debe actuar un general”.

Sobre estos principios, me parece que se “asentaron” los mejores generales de esta guerra. Fayolle cultiva rosas. Petain sus viñas, y Joffie cuando se le pide que represente a la Academia en el Aniversario del Marne, responde: “¿Y qué? ¿Esto va a ocurrir todos los años?”.

El verdadero grande hombre no se rebaja a hacerle una corte senil a la gloria, usted dice que los aduladores le corrompen, pero si es grande, los aduladores le fastidian. “La gloria debe ser deliciosa, le

decía uno de ellos a Wellington. Sí, respondió el duque, eso me permite cepillar mis trajes yo mismo sin que nadie lo encuentre ridículo". Fíjese, el otro día vi a Joffie llegar a los inválidos. Vestía de civil e iba a pie. Cerró su paraguas con muchas precauciones para no mojarse los zapatos bien lustrados. Luego se adentró por los corredores. Los ordenanzas se hacían apenas a un lado para dejarlo pasar. Tuve que reprimirme. Tenía ansias de correr delante de él gritando: "¡Paso al Mariscal!".

Si me contesta que el desinterés de un Bugeaud, la modestia de un Joffie, son virtudes raras, sería de su opinión; son raras como el verdadero jefe mismo, pero siempre se encuentran en ellos. Es porque las posee, que ha llegado a ser lo que es. Una justicia casi mecánica recompensa a la verdadera grandeza, aun en los negocios de este mundo. Los cuáqueros prohibían a los fieles de la sociedad obtener grandes beneficios. Esta severidad hizo su fortuna.

Filósofo

He ahí un optimismo encantador y un hermoso tema de techo alegórico para la Cámara de Nueva York: "La virtud conduciendo a la Fortuna hacia la morada del Hombre de Bien". Platón, como usted, dice que los más justos son en realidad los más fuertes, porque la justicia, la competencia y el orden son las únicas fuerzas verdaderas. Y sin duda tienen ustedes razón, Platón y usted mismo, si analizan desde el punto de vista del Espectador Eterno del historiador que cien años después de la muerte de un héroe, decide tranquilamente de su éxito real o de la fragilidad de su obra. Entonces usted observa que las faltas terminan por engendrar su castigo, que un gobierno brutal sucumbe, que institución no sobrevive mucho tiempo después de que ha dejado de ser necesaria. Pero el acontecimiento injusto puede durar quince años, una vida entera y durante estos períodos, cortos con respecto a la eternidad, pero largos para quien los ha vivido, las naciones serán gobernadas por hombres indignos o crueles. El gran Federico fue un hombre villano, ruín, avaro, mezquino. Lo que no quita que fundara un gran reino. ¿Algunos hombres de negocios han triunfado por sus hermosas condiciones? Es posible, pero no sostendría que todos los multimillonarios sean santos. ¿La grandeza de un Tuena, de un Gallieni, atrae un equipo a sus Jefes? Pero la corrupción produce el mismo efecto, y el temor y crímenes comunes. Napoleón distribuía rentas, coronas y cruces. Está cierto de que no se le quería menos por eso. Entre los grandes conductores de hombres hay de todo, canalla y nobleza. Por otra parte,

acudo a usted mismo. A usted no le gustan los hombres de la Revolución. ¿Negará su poder sobre el espíritu de los franceses?

Teniente

Poder sin duración. Desde el Termidor, París estaba hastiado por la locura de la Montaña. Los obreros del barrio Antonio cerraban sus escaparates cuando pasaban las carretas, y después de cuarenta años de república, no hay en París calle Robespierre, ni siquiera un callejón sin salida.

Filósofo

Usted odia los hombres de la revolución rusa. Pero parecen sólidamente instalados. A los temores que me inspira el hombre poderoso, me ha contestado de modo tranquilizador que no es peligroso, porque es perfecto. Confíese que puede dudarse. Le atribuye usted, con mucho fundamento, el temperamento del artista, pero en el artista, muy a menudo, la pasión por obra engendra el egoísmo y aun, una especie de crueldad. Rossetti sacrifica su mujer a sus poemas; Bonaparte, sus soldados a su sistema; Lenin, Rusia a Kail Marx. Esta ferocidad no está exenta de grandeza. Pero el hombre de tropa prefiere la Tercera República.

Teniente

¿No hay algún mal sentido entre nosotros, mi querido maestro? No puedo creer que quiera confundir autoridad con tiranía. Verdaderamente, después de esta larga discusión, cuyas corrientes nos han desviado de nuestro cauce algunas veces, siendo la necesidad de fijar el punto. He aquí mis coordenadas:

Creo que para toda empresa que exija la acción colectiva de los hombres, es indispensable que éstos acepten someter sus movimientos particulares a la voluntad única de un Jefe. Sin él, discursos, discusiones y conflictos ocupan el tiempo irrecuperable, la ocasión se aleja y la oportunidad más hermosa, más bella, se desliza en rápido movimiento hacia el abismo de las cosas no hechas.

En lo que concierne a este Jefe, personaje indispensable al cual las democracias mismas no pueden abstenerse de recurrir, son posibles dos actitudes, la lealtad y la desconfianza. Sólo la primera me parece constructiva y generosa.

Sobre el sistema de elección del Jefe, naturalmente tengo mis ideas que le exponí algún día. Pero mi horror por la anarquía es tal, que siempre estoy dispuesto a confiar en el jefe de hecho y a sostenerlo, mientras no demuestre por la inacción, la cobardía o la crueldad que es indigno de mandar.

Que desde luego, el comando, fuera de la energía misma de la acción, debe estar sometido a leyes, a una carta, se lo concedo de todo corazón. Lo que sostengo, es que una asamblea, excelente para fiscalizar, es siempre inadecuada para obrar, es que el secreto de la derrota es la división del mando, es que un grupo no puede mandar nada, ni siquiera un almuerzo. No olvide que sin algunos individuos de élite, la Tercera República sería ahora sin duda, vasalla del Imperio alemán o, de haber sido vencida Polonia, la esclava de los guardias de Lenin. No pido que tenga confianza en el hombre de acción sin crítica y sin control. Solicito que al considerarlo, no le dispense una desconfianza "a priori" y una ingratitud injusta. La ausencia de respeto, el horror de toda jerarquía son sentimientos nuevos y detestables. En los tiempos de la caballería, los hombres querían a sus jefes. Los griegos de la *Ilíada* respetaban a Aquiles. Los griegos de la decadencia no hablaban sino que de libertad. Cita usted a cada momento a Platón. Hay en la República un discurso admirable. Sin duda lo sabe de memoria, pero quisiera releerlo para mi satisfacción. Es aquél en que explica como la democracia puede conducir a la tiranía.

Filósofo

(Yendo a su biblioteca)

Espera, sí, está en el libro VIII. . . Aquí . . . "¿No es este amor por la libertad llevada al exceso y acompañado de una indiferencia extrema por todo el resto, lo que pierde por último este gobierno y hace necesaria la tiranía?"

(Pasa el libro al Teniente indicándole el pasaje)

Teniente

(Continuando)

"Cuando un estado democrático, devorado por una sed ardiente de libertad, es gobernado por malos coperos que la escancian completamente pura y la hacen beber hasta la embriaguez, entonces, si los gobernantes no llevan la complacencia hasta darle tanta libertad como desea, les acusa y les castiga, so pretexto de que son traidores que aspi-

ran a la oligarquía. Trata con el mayor desprecio a aquellos que todavía sienten respeto y deferencia por los magistrados; les reprocha que son gentes sin valer, esclavos voluntarios. . . ¿Se puede decir que en un Estado como éste la libertad no se extiende a todo? El espíritu de libertad penetra en el seno de las familias, los padres acostumbrándose a tratar a sus hijos como a sus iguales y aun a temerlos, los hijos igualándose a sus padres y no sintiendo por ellos temor ni respeto. Se infiltra en la educación; los maestros temiendo y halagando a sus discípulos, y éstos burlándose de sus maestros y de sus ayes. Se extiende a las relaciones de marido y mujer y de mujer a esposo. Es verdad, se extiende hasta a los animales; los caballos y los asnos, acostumbrados a caminar con la cabeza levantada y sin reprimirse, pasan a llevar a todos los que encuentran, si no se les da la pasada”.

Filósofo

¡Oh! Sé muy bien que Platón era un hombre como usted, pero, la existencia misma de su texto le hace ver que el deseo de igualdad no es como usted dice, una enfermedad moderna. Los griegos de Homero murmuraban como buenos regañones y después del fracaso de una ofensiva hablaban de embarcarse en numerosas barcas. Cada veinte años la plebe romana armaba su pequeño motín contra los legisladores.

El fenómeno aparece y desaparece siguiendo un ritmo bien regular. Una clase dirigente se constituye por los servicios que presta, sea porque combate por los otros, sea porque dirige sus trabajos. Es obedecida y respetada, porque es indispensable. El estado de equilibrio así obtenido es necesariamente roto, primero (y en esto tiene usted la razón) porque la clase gobernada olvida que la paz de que goza es la obra de la clase gobernante; luego porque la aristocracia misma, olvida en algunas generaciones que sus privilegios no han sido sino que la recompensa de sus servicios. Pretende retener unos sin tener que prestar los otros. La gran nobleza terrateniente francesa, formada al comienzo por guerreros, lo ha sido enseguida, por propietarios residentes, buenos administradores y como tales, respetados. Cuando se fue a vivir a Versalles, hizo la revolución. El gran industrial fundador de fábricas, inventor y creador, raramente es detestado por sus obreros. Su nieto vive en París y pierde ese contacto humano que sólo da la residencia. Entre los primitivos, la costumbre exigía que el jefe fuera sacrificado cuando llegaba a ser demasiado viejo para conducir la tribu a la guerra. Esto se hacía con mucha delicadeza y bajo pretextos religiosos, pero el objetivo real era práctico. Hoy no es ya la edad de un hombre lo que hace necesario el sacrificio, porque la fuerza física no tiene valor político.

Es la senectud de una clase, de una raza, lo que obliga a sus componentes a coronarla de bandeletas sagradas y a conducirla en medio de cantos apropiados hacia el altar de piedras o a la Tchéka.

Teniente

Nada más justo, pero el sacrificio del jefe tiene por objeto colocar en el poder a un hombre más joven, más absoluto, más duro, y no a su mediocidad multicéfala.

Un día en Mariuecos, en que había reemplazado a un capitán muerto en el combate y que había sido querido de sus hombres, daba mi primera orden a un joven jinete berberisco. Me miró largo rato, luego, sin obedecer, sin moverse, respondió: "Mi capitán ha muerto" No es demostración de indisciplina. Retengo de su discurso que para subsistir una aristocracia debe asegurar la permanencia de las cualidades que la hicieron elegir. No hay razón para que el nieto sea menos estimado que sus soldados, de sus obreros, que el abuelo. Conozco algo de las últimas promociones de Saint-Cyr, del Politécnico, de la Central. Encuentro allí temperamentos a mi gusto. Estos muchachos temen más que todo el énfasis de la expresión de los sentimientos, por horror a la pedantería, muchos se precian de frivolidad. Pero bajo esta sequedad aparente se adivina el ardor contenido. Algunas veces, cuando sueño en estas cosas, quisiera ver a esta juventud escogida, incorporarse en una especie de orden de caballería, imponiéndose votos, tareas, leyes más severas que las corrientes. Sobre estos principios, sería menester "cimentar" una "flor y nata". Entonces ese hombre de tropa, tranquilizado, reconocería verdaderos jefes.

(Mira su reloj y se levanta de un salto)

Filósofo

(Que desde hace algunos instantes observa con atención el joven y delgado rostro del Teniente)

"Un espíritu en el que es innato el gusto por todas las elegancias, no puede complacerse dentro de un sistema que las echa a todas por tierra". Usted es aristócrata como soy yo radical, por temperamento y por gusto; esto no tiene remedio y por otra parte de todo se necesita para hacer un mundo. Espero no divisarle nunca, con casco de acero y listo para cargar, desde lo alto de la barricada adonde me habrían conducido mis pasiones políticas, las cuales son intensas. En efecto, yo había levantado los fusiles.

Teniente

(Medio en broma, medio en serio)

¡Qué joven se conserva usted, mi querido maestro!

Filósofo

Sí, aunque desde hace algunos años suelo arrastrar la pierna. Coquetaría del veterano. Pero el corazón está siempre tan firme.

Teniente

(De pie cerca de la chimenea)

Estoy contento de haberlo vuelto a ver. Usted trastorna un poco mis ideas, pero consigo restablecer la línea. Es un poco menos rígida tal vez; tanto mejor, es necesario un poco de variación en todo. (Toma su kepis, sus guantes, vacila como si sintiera partir y se dirige lentamente hacia la ventana). ¡Qué hermosa es esta ola de techos que suben al asalto de su cuarto! . . . En algunos días más; el sol se pondrá en un cielo de un azul verdoso encantador. Un vuelo de ibis blancos atravesará la llanura por encima de los jardines de los Sultanes. Veré Marakech, las murallas rosadas, las terrazas. Luego, la huella se interna hacia el Sur.

(Se aparta de la ventana, mira a su maestro con una sonrisa y le tiende la mano)

Filósofo

(Con un viso de interrogación)

Hasta luego.

Teniente

(Con un tono de afirmación jovial)

Hasta luego!